



ALAR BENET

FIDELIDAD



OBRAS DEL MISMO AUTOR

EN EL F. B. I.:

«La rebelión de los muertos», número 14
(2.^a edición).

«El delator», núm. 21.

«El coloso de hierro», núm. 29.

«Muerte en el Caribe», núm. 34.

«La promoción de la muerte», núm. 42.

EN PREPARACION:

Tras el telón de acero.

El genio del mal.



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—|CULPABLE|, por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
(2.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. 2.ª edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 13.—|SANGRE|, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar
Benet. (2.ª edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy. (2.ª edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 17.—|TRAIDOR|, por O. C. Tavin (2.ª edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
(2.ª edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO.
por Alf Manz. (2.ª edición.)

- Núm. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
 - » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
 - » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
 - » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
 - » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
 - » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
 - » 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
 - » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
 - » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 - » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 - » 32.—NUEVA YORK - SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 - » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
 - » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 - » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 - » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 - » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 - » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 - » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 - » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 - » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 - » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
 - » 43.—
 - » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.

En preparación:

SIN CUARTEL.

«La FIDELIDAD es la virtud con que los hombres fuertes
se han vencido a sí mismos».

ALAR BENET

I



N pie!

La orden, dada con tono de indudable autoridad, hizo estremecer a los cien hombres que llenaban, el barracón de cal y madera. Varios soldados comenzaron un minucioso registro, desgarrando los sacos de paja que, como privilegio increíble, tenían algunos prisioneros para descansar su fatigado y esquelético cuerpo. En el departamento imperaba un absoluto silencio, roto por el sonido de las paredes al ser golpeadas con las bayonetas, buscando, sin duda, oquedades secretas que, por la simplicidad de los materiales, eran de imposible existencia.

Los penados observaban sus petates con expresión de terror. No ignoraban que cuando se cala en desgracia del mando, éste se las ingeniaba para introducir entre sus ropas alguno de los objetos prohibidos. Los infortunados salían para no regresar jamás. Nunca

supieron cuál fue su destino.

En uno de los rincones, dos hombres se miraron con inquietud, temerosos de que el registro se ampliara a sus personas. Mas, por fortuna para ellos, no sucedió así. Respiraron al ver salir al último de los soldados. Alguien comentó, irónico:

—No han hallado lo único que todos tenemos: el hambre.

—Eso no es peligroso —comentó un segundo—. Al contrario, nos impide cualquier intento de fuga.

Se restableció el silencio. Apiñados unos contra otros, los hombres fueron quedándose dormidos. Los puestos mejores para durante la noche eran los situados en el centro de la estancia, pues así recibían el calor de los demás, encontrándose aislados de toda corriente. El invierno se aproximaba y las noches iban siendo frías.

Sin embargo, aquella tarde, los dos individuos que manifestaron mayor zozobra durante la inesperada visita de los vigilantes del campo de concentración, procuraron entrar los últimos para, deliberadamente, situarse junto a la puerta de madera, cerrada por el exterior con un gran cerrojo. Sus fichas, en la oficina del campo de prisioneros, eran las siguientes:

«Nicolae Golesco, miembro de la resistencia rumana. Protector de judíos. Treinta y dos años de edad. Complexión robusta. Tiene una cicatriz en el hombro izquierdo, producida por arma de fuego. Nacido en Campo Lunga (Alpes de Transilvania). Propietario de fincas de labor y ganado. Elemento muy peligroso por su gran cultura y valor. Dos evasiones frustradas».

«Alem Costin, rumano. Nacido en Bucarest. Estudiante. Sin señales visibles. Complexión endémica. Muy decidido. Miembro de la resistencia. Peligroso. Un intento de evasión».

—Hemos tenido suerte. Si fracasamos ahora, nadie nos librará de la muerte.

—Son un hatajo de asnos. No tienen otra cualidad que la de la fuerza bruta —respondió Alem con un susurro de voz.

Los amigos callaron y, levantando ligeramente la cabeza, dirigieron una mirada en derredor suyo.

—¿Viste al centinela? —inquirió Nicolae.

—Sí. Se sitúa lejos. No oirán el ruido. Tampoco éstos. He aflojado los tornillos. Pedí voluntario la limpieza. Sólo tendremos que hacer una ligera presión con el hombro. Después vendrá lo más difícil. Tú dirás el momento.

—Aún es temprano. Hemos de esperar que duerman todos —aclaró Nicolae Golesco.

A través de la rendija que formaba la puerta con el suelo de tierra penetraba el viento fresco de la noche. En el campo de concentración del norte de Hildburghaus, en el corazón de la selva de Turingia, en Alemania, se hallaban confinados los elementos más peligrosos, a quienes, por razones de tipo particular o político, no interesaba juzgar hasta después de terminada la guerra, para, en un proceso sensacional, evidenciar al mundo la ponderada acción de la Justicia del Tercer Reich, cuyas fuerzas victoriosas se hallaban próximas a Moscú.

Nicolae Golesco fue uno de los patriotas rumanos que se opusieron con las armas a la invasión alemana. Cuando ésta se hubo realizado, organizó guerrillas, y una tarde fue apresado con veinte de sus hombres. Aún no había logrado explicarse por qué razón le dejaron con vida, fusilando al resto de sus compañeros. Después de recorrer varios campos de concentración y de intentar huir por dos veces, le trasladaron a Hildburghaus, donde conoció a Alem Costin, compatriota suyo. Intimaron, llegando a consolidarse entre ambos una hermandad, que sólo podría romper la muerte. Ayudáronse mutuamente en trances peligrosos, y una vez, el joven estudiante de Bucarest hizo recaer sobre sí una falta de su compañero, siendo azotado. La voz de Alem Costin le sacó de sus pensamientos:

—¿Vamos ya?

—Sí.

Golesco palpó el cuchillo que guardaba entre la carne y la camisa, y del que había logrado apoderarse en uno de los servicios de cocina, disponiéndole al alcance de la mano para ser utilizado con la máxima rapidez. Alem aplicó el hombro contra la puerta, empujándola gradualmente. Sintieron que un objeto duro se desprendía, cayendo al suelo con un ruido sordo. El primer paso para la libertad estaba dado.

Tendidos, aguardaron quince minutos largos, angustiosos. Nadie

se acercaba por el exterior. En cuanto a los prisioneros, todos dormían, extenuados por el trabajo y la falta de alimentación.

—Adelante —susurró Nicolae.

Abrieron la hoja de madera, saliendo. Cara a la tierra examinaron los alrededores. Sabían que a unos diez metros se paseaba un vigilante de las S. S., llevando en bandolera un fusil ametrallador.

Golesco, indicando a su compañero con un gesto que permaneciese quieto, se fue aproximando despacio, sin producir el más leve ruido. Alem Costin sentía que los pulsos le martilleaban veloces y cómo el corazón agitábase más y más.

Fue todo tan rápido e Inesperado que el centinela no tuvo tiempo ni de lanzar un grito. Nicolae Golesco se alzó a dos metros escasos del S. S., y, alzando el cuchillo, lo clavó en el corazón del germano, sosteniéndole luego para que cayera suavemente. El fusil ametrallador estaba en disposición de disparar y se apoderó de él.

Los dos jóvenes caminaron hacia la derecha. Durante muchas semanas procuraron informarse de los puntos más vulnerables de las alambradas, decidiendo que las del río Verra eran las más fáciles de atravesar.

Nicolae, que había entregado el puñal a su amigo y que marchaba en cabeza con el dedo puesto en el disparador de la automática, decidido a morir antes que a entregarse, caso de ser sorprendidos, se arrojó al suelo, escondiéndose detrás de unos montículos de arena. El sonido, seco y monótono del paso militar, se fue aproximando. Era la patrulla.

Los hombres sintieron que el sudor les inundaba la frente. A unos dos metros escasos pasó un subteniente con diez soldados. Iban marcando el paso, rígidos, cumpliendo un enojoso deber. ¿Quién iba a ser el necio que se aventurara a fugarse de allí? Alem Costin comentó:

—No hay reflectores esta noche.

—Es algo providencial...

Después de oscurecer, los barracones estaban iluminados por grandes focos de luz, manejados desde altas torretas, provistas de ametralladoras de grueso calibre. Los evadidos que hallaron la muerte en el intento de recobrar la libertad, fueron descubiertos de tal modo. Sin embargo, aquella noche, la Providencia velaba por los

dos fugitivos, pues la oscuridad era absoluta. Las nubes colaboraban con ellos, ocultando la luz de la luna y de las estrellas.

Continuaron el avance, acercándose a la alta verja electrificada. Un reflector brilló a su izquierda y se apagó de nuevo, parpadeando.

—Debe haber una avería en los suministros de luz —dijo, gozoso, Alem Costin.

—Pronto lo comprobaremos. Si es así, nos evitaremos saltar.

Contaban ya con el obstáculo y pensaban salvarlo utilizando los largos travesaños preparados para cubrir el tejado de un nuevo barracón. La pesada pértiga podía fallarles. Además, era totalmente imposible realizar la operación en silencio.

Al fin alcanzaron la verja. Alem ató el cuchillo a un madero, en forma de lanza, arrimándolo al enrejado. Los dos fugitivos esperaban un gran chispazo, que no llegó, robusteciéndose su idea de una avería en la corriente.

Treparon como gatos. Si en ese momento aplicaban la electricidad morirían electrocutados. No fue así, y continuaron su avance, deteniéndose a ratos para escuchar.

—Dios vela por nosotros, Costin.

Ya sólo les quedaba salvar una triple alambrada, semejante a la de los campos de batalla. Detrás de ella hallábase la libertad. Desgarrándose la ropa y la carne, cruzaron muy despacio. A veces, Nicolae Golesco, que caminaba el primero, veíase forzado a sujetar el espinoso alambre y hacerle arquearse o saltar.

Los evadidos se iban pasando el fusil ametrallador para facilitarse mutuamente la marcha. Al fin viéronse libres frente al río Verra, en el que se zambulleron. Nicolae nadaba con una sola mano y con la otra sostenía en alto el arma. El líquido, refrescando sus heridas, obró como un sedante, calmando su excitación nerviosa.

Se internaron en la selva de Turingia, extrañados del fácil éxito de su plan. Eran los primeros que conseguían huir del campo de concentración de Hildburghaus.

Golesco apretó más el paso, diciendo a su compañero:

—No te confíes. Es posible que por aquí encontremos alguna patrulla.

Como fantasmas continuaron su avance. A veces se detenían aterrorizados. Los árboles, muy tupidos, semejaban seres humanos.

Anduvieron horas y horas, y al amanecer, rendidos, escalaron un gigantesco abeto, acomodándose entre sus ramas para descansar. Suponían descubierta su fuga.

Establecieron un turno de vigilancia. Necesitaban dormir. Ninguno de los dos ignoraba que, caminando por el bosque, iban paralelos a su punto de destino, sin avanzar un solo metro en dirección a la frontera suiza, desde donde ansiaban trasladarse a España, país neutral en la contienda. En el campamento estaban considerados como seres inteligentes y peligrosos. Las selvas de Turingia fueron siempre el estúpido refugio de los delincuentes de la comarca. Tal vez los S. S., encaminaran la persecución hacia el río Main, en Baviera, considerando, lógicamente, necia la marcha hacia Bélgica o Francia.

Transcurrió el tiempo. Nada turbó la paz de los exprisioneros. Alem Costin, despertándose, murmuró:

—Me duelen los huesos como si me hubiesen dado una paliza.

—No te quejes y da gracias a que las tres ramas están muy juntas y permiten tumbarse en ellas. Si no hubiera sido imposible dormir —replicó, sonriendo, Nicolae—. Por cierto, que, prescindiendo de mi turno de descanso, creo conveniente que caminemos hasta que las fuerzas nos falten. No ha aparecido ningún soldado.

—Como gustes. Comienza a atardecer y el sol no penetra demasiado por el bosque. Tengo un hambre feroz.

—Yo también.

Golesco sacó del bolsillo de su desgarrado pantalón un pedazo de pan, que partió en dos mitades, entregando una al joven Costin, que no pudo menos que reconocer:

—Eres un héroe. Yo no resistí la tentación.

—¡Bah!

Nicolae, negándole importancia al hecho, inició la marcha, llevando al hombro el fusil ametrallador. En el tiempo que permaneció vigilando la selva había modificado sus planes. Partirían hacia Francia, pero antes era preciso cambiar sus ropas. Hablaban correctamente el inglés y el francés. Así se lo expuso a Costin, agregando:

—Todos los caminos que conducen a Suiza o a Italia estarán vigilados. No olvides que nuestras personas son muy preciosas para

el alto mando alemán. Ignoro por qué. Sólo a eso se debe que conservemos la vida. Supongo el confusionismo que reinará en las principales ciudades francesas. Él nos protegerá. No podemos pensar en Inglaterra. Nos interesa alcanzar la llamada Francia libre, y desde allí trasladarnos a algún puerto del Mediterráneo, como Tolón, Marsella, Agde o Narbona. Quizá logremos camuflarnos en un barco.

Alem no respondió. Desde el primer momento consideró imposible la fuga. Sin embargo, no quiso abandonar a su compañero y le siguió, aun convencido de que sólo les esperaba la muerte.

Anochecido, continuaron andando, para descansar al amanecer, tras unas altas peñas. Pronto se quedaron dormidos. Al despertar, tres germanos de uniforme les apuntaban con sus pistolas de reglamento. Uno preguntó:

—¿Quiénes sois? Enseñadnos la documentación.

Nicolae Golesco contestó, alzando la cabeza con altanería:

—¡Y qué os importa! Llevadnos a vuestro jefe. Sólo a él responderemos.

Los soldados, sorprendidos por el tono arrogante del desgarrado Individuo, cambiaron una mirada entre sí. Luego uno conminó, mientras se apoderaba del fusil ametrallador:

—Así lo haremos. Al primer gesto sospechoso tiraré a matar.

Alem Costin cruzó una mirada de desaliento con su compañero. Éste, imperturbable, continuó hablando:

—Cumplid con vuestra obligación Soy un oficial del «Abwher»[1]. Mi compañero pertenece al R. S. H. A.

[2]. Necesito telegrafiar urgentemente.

Impresionados, aunque sin confiarse, el que parecía mandar el grupo, contestó:

—Vayan delante. Tardaremos treinta minutos. Habíamos salido a pasear, pero en tiempo de guerra nos hallamos constantemente de servicio.

Disponían de media hora. Alem y Nicolae, serenos, iniciaron la marcha, oyendo cuchichear a los alemanes. Nadie ignoraba que en el Tercer Reich eran frecuentes los servicios especiales para vigilar las actividades de determinados elementos que, desde puestos preeminentes del mando, no disfrutaban de plena confianza o eran

víctimas de alguna intriga.

Durante más de diez minutos, los evadidos no cambiaron una sola palabra. Golesco dio levemente a su compañero con el codo, indicándole Que la hora de actuar estaba llegando. Se volvió, pidiendo:

—¿Tenéis un cigarrillo? Llevamos dos días sin fumar. Eso no va contra el reglamento.

Uno enfundó la pistola para sacar el tabaco, y entonces, en un gesto suicida, los rumanos se lanzaron contra los dos hombres armados, derribándoles. Nicolae se desembarazó de su contrincante en breves segundos, golpeándole ferozmente varias veces en el lado izquierdo del pecho, sobre el corazón. Sus grandes manazas de agricultor eran más duras que el acero. Giró la mirada en torno suyo. Alem peleaba con su enemigo, siendo incierto el resultado de la lucha. El tercer germano hizo fuego, y Golesco sintió una quemadura en el hombro. Saltó como arrojado por una catapulta, cayendo sobre el jefe del grupo. Una bala se estrelló en el suelo, en el mismo lugar que ocupara segundos antes. Y entonces comenzó un combate a muerte, alentado, de una parte, por la ira producida por el engaño; de otra, por la desesperación.

Nicolae notaba que la sangre se deslizaba por su cuerpo y que el brazo derecho iba perdiendo fuerza. Se defendió. Su adversario era corpulento y le pegaba en el rostro con violencia. En el forcejeo, la pistola había caído a unos metros de los contendientes, junto al fusil ametrallador.

Golesco, desprendiéndose de la presa del alemán, se puso en pie. La vista comenzaba a nublársele. Quiso llegar a las armas, pero algo le hizo perder el sentido.

Cuando despertó vió junto a él el rostro anhelante de Alem Costin.

—Me desembaracé a tiempo de mi hombre. Unos segundos de indecisión hubieran sido el final. ¿Puedes andar? Me temo que los disparos atraigan la atención de más gente.

—Debemos vestirnos con su ropa. Nos protegerá en la huida.

Luego de vendarle el hombro, para impedir que sangrara, pusieron los uniformes de los germanos, sin olvidar los revólveres ni la ametralladora.

—Estamos desconocidos, Alem. Por fortuna, la herida no parece

grave. Ya buscaremos un médico. Vayámonos de aquí.

—Antes hemos de silenciar a esos peligrosos testigos. Si les dejamos vivos contarán lo sucedido.

—Yo no soy capaz de hacerlo —reconoció Golesco.

—Yo sí. En tantos meses prisionero endurecí mi corazón. Mi existencia vale más que la de esos hombres.

Disparó la pistola en la sien de los soldados, que pasaron de la muerte aparente, que es el sueño, a la muerte real, que es la eternidad.

—Vamos —ordenó, decidido.

Más en ese momento sonaron los motores de varios aviones, y muy lejos, unas sirenas lanzaron su agudo grito. Pocos segundos después, numerosos aparatos pesados volaban sobre ellos.

Un silbido estridente, que se clavaba en el cerebro como una aguja, les hizo comprender que comenzaba el ataque aéreo. Dos bombas cayeron a unos doscientos metros de los jóvenes y las restantes regaron la tierra, detrás de un grupo de árboles. Las explosiones les ensordecían, llenándoles de zozobra el corazón.

—¡Vuelven! —gritó Nicolae Golesco.

—Sí. Buscan, sin duda, el campamento a que aludieron estos hombres. Mira, ya comienzan los antiaéreos.

En efecto. Con un ruido seco, íbanse abriendo pequeñas nubecillas de humo junto a los aviones. Uno, alcanzado en la cola, perdió la estabilidad de vuelo, cayendo después en barrena. Cuatro paracaidistas se abrieron en el aire.

De nuevo, las bombas de gran potencia estallaban, pero ahora a media milla de los dos jóvenes. Costin comentó, viendo descender a los aviadores ingleses:

—Más prisioneros. Para la vida que les espera, mejor hubiese sido no saltar.

Golesco no replicó. Cuando los trimotores desaparecieron en dirección al mar del Norte, se incorporó, diciendo:

—Escondamos los cadáveres. El bombardeo nos ha favorecido. Nadie se ocupará de buscarlos. En el próximo pueblo diremos que he sido herido por una ráfaga disparada por un caza inglés.

Depositaron los muertos en el mismo lugar donde se cobijaron para descansar, cubriéndoles con grandes piedras. Luego, rápidamente, alejaronse de allí. Mientras caminaban, Costin

examinó el contenido de los bolsillos de su uniforme. Tabaco, marcos y una tarjeta militar a nombre de Max Curnau. Nicolae, por su parte, la tenía extendida como Franz Patzing. Además, llevaba un oficio comunicándole que había sido propuesto para la Cruz de Guerra.

—Estupendo —comentó—. Ahora empezamos a estar seguros.

Aunque le dolía la herida, no se quejaba. Casi anochecido alcanzaron un pequeño poblado. Golesco preguntó a una mujer:

—¿Dónde vive el doctor?

—En aquella casa.

—Gracias.

Con paso decidido llegaron al lugar indicado. Un hombre de unos sesenta años salió a recibirles:

—¿Qué desean?

—Me han herido en el hombro en el bombardeo de hace unas horas. ¿Quiere curarme? Voy de permiso a Núremberg y no quise regresar a mi división, donde me hubieran retenido hasta restablecerme. Me llamo Franz Patzing. Mi compañero es Max Curnau.

—Pasen ustedes. Le atenderé con mucho gusto. Los aparatos pasaron por aquí y sentimos las explosiones. Soy el doctor Otto Heydrich. Admiro a los que luchan por la causa de Alemania. Pertenezco al Hospital Militar de Coburgo. Mañana puedo llevarles, si lo desean. Viene a recogerme muy temprano un coche militar. De allí parte Un autocar hasta el ferrocarril de Bamberg.

Mientras hablaba habían pasado a un gabinete, en el que destacaba el niquelado de los distintos útiles de cirugía. Comenzó a curarle. Nicolae apretaba los dientes, para no gritar. El médico inquirió:

—¿Duele?

—Demasiado.

—Está la bala muy profunda. La toco ya con las pinzas. Véala.

Dejó el proyectil sobre la mesa, y luego, tras de bañarle la herida con agua oxigenada, procedió a vendarle, comentando:

—Si descansa esta noche, mañana podrá reanudar el camino. No levante el vendaje hasta dentro de ocho días. Si notara fiebre, consulte a otro médico.

—Muy agradecido, doctor. ¿Cuánto le debo?

—Nada. Es mi obligación y mi gusto colaborar con los héroes de mi patria. Me disponía a cenar. ¿Quieren acompañarme? —les dejó en un confortable comedor, saliendo, no sin antes disculparse—: Voy a ordenar que pongan dos cubiertos:

Al quedar solos, Alem Costin murmuró:

—Tengo un hambre feroz. Empiezo a confiar en salvarnos.

—Sé prudente. Toma un cigarrillo.

Fumaron en silencio. Otto Heydrich, luego de diez minutos de ausencia, apareció de nuevo con su gesto cordial y amable.

Durante la cena, la conversación giró sobre temas militares. Interrogados directamente sobre las batallas en que habían intervenido, Nicolae, tras vacilar unos segundos, respondió:

—Verá. Estuvimos en Arras, en el Somme y en Amléns. Después de la capitulación francesa nos destinaron a Rusia, participando en las batallas del río Pripep y de Kiev. Ahora han concedido descanso a la división. Me propusieron para la Cruz de Hierro. Veá.

Enseñó el oficio, que el médico leyó con atención, felicitándole. Pretextando cansancio, Golesco pidió permiso para retirarse, que les fue concedido. Ya solos, Costin sugirió:

—La compañía de Heydrich nos librá de sospechas en Coburgo.

Pero la realidad era otra. A la mañana siguiente, apenas descendieron del automóvil en la puerta del Hospital Militar, dos miembros de las S. S., les encañonaron por la espalda, desarmándoles.

—Entrad en el coche. Venga con nosotros, doctor.

Hicieron en silencio el breve recorrido. El automóvil militar se detuvo frente a un edificio de tres pisos, en cuya puerta vigilaba un centinela.

Convencidos de que la resistencia era necia se dejaron llevar hasta una habitación, donde varios hombres les aguardaban.

—¿Son éstos, Heydrich? —inquirió un sujeto de unos cuarenta años, de rostro enérgico.

—Sí, capitán. No lograron engañarme, pese a su buena documentación. Es imposible herir a un soldado en el campo sin que la metralla atravesase el uniforme. Además, la bala que le extraje pertenece a nuestros revólveres de reglamento. Y por si todo fuese poco, no se permite a los soldados llevar armas largas fuera de los

actos de servicio.

—Magnífico, Otto. Tendremos en cuenta su nuevo servicio a la gran Alemania. Necesitamos muchos hombres como usted. Ya sabemos quiénes son los prisioneros. Hace dos minutos nos lo comunicaron por teléfono. Se trata de Alem Costin y Nicolae Golesco, miembros de la resistencia rumana y fugados del campo de concentración de Hildburghaus. Hemos pedido órdenes.

Costin se estremeció. Habían caído en manos de la Gestapo, la terrible Policía secreta del Estado. No pronunciaron una sola palabra, y les trasladaron a un calabozo situado en el sótano del edificio.

—Todo perdido, Nicolae.

—Sí. Por fortuna, terminarán de una vez nuestros padecimientos.

Hubo un largo silencio. Alem tornó a hablar:

—Muy listo el doctor, ¿verdad?

—Sí, y nosotros demasiado torpes. No debimos fiarnos de él. En fin, son inútiles las palabras. Siempre se aprenden las cosas demasiado tarde.

Pasaron todo el día en la celda, y anochecido, se tumbaron en unos petates de madera y paja, quedándose dormidos. Eran hombres tan habituados a la idea de la muerte, que su proximidad no les intimidaba.

Ignoraban el tiempo que permanecieron descansando. De pronto, el haz de una linterna les despertó.

—¡Silencio! Vengo a salvarles.

Un hombre joven les entregó revólveres, diciéndoles:

—No disparéis si no es sobre seguro. He inutilizado al centinela.

Golesco, sorprendido, inquirió:

—Pero... ¿por qué hace esto con nosotros?

—Mi padre murió en Hildburghaus acusado de traidor. Cambié mi apellido y me introduje como agente de la Gestapo. No es hora de explicaciones. Tengan unos salvoconductos falsificados. Nadie les molestará. Diríjanse a Marsella, y en la taberna El Marinero, en el barrio del puerto antiguo, pregunten por Prerau. Guárdense este dinero.

Nicolae cogió atónito lo que su misterioso salvador les daba. Después, con paso de lobo, recorrieron unos pasillos. En la puerta

vieron al vigilante, privado del conocimiento.

—Márchense aprisa. No lo olviden, Marsella; taberna El Marinero, en el puerto antiguo. Prerau.

Costin estrechó las manos de su salvador:

—Gracias, amigo. No lo olvidaremos jamás.

Luego, los dos rumanos se confundieron con las sombras de la noche. En el rostro del desconocido había una sonrisa maligna. Dijo al centinela:

—Ya puedes levantarte. Todo ha salido a la perfección...



Un libro, por malo que sea, siempre encierra algo bueno. Las publicaciones de **EDITORIAL ROLLAN** contienen:

**Datos científicos, argumentos humanos
y escenas emocionantes**

II



OS soldados alemanes salieron de la estación del Prado, en Marsella, parándose en el *boulevard* del Gare du Sud y, tras unos minutos de vacilación, caminaron despacio, alcanzando la avenida de d'Accès, deteniéndose frente a la iglesia de San Adrián.

—¿Tomamos un coche, Nicolae? Lo digo por tu herida.

—No es preciso. Otto Heydrich me hizo la cura maravillosamente. Prefiero pasear. Aún es temprano.

Eran las seis de una magnífica tarde de otoño. Los paseos comenzaban a llenarse de un público ansioso de disfrutar la benigna temperatura. Los comercios abrían sus puertas, ofreciendo al público la tentación de las novedades.

—Supongo que no nos perderemos, Alem.

—Descuida. Conozco la ciudad. Vine primero en viaje de estudios; luego como turista. Mira, cruzamos ahora Avenue du Prado. Observa el extraordinario movimiento de vehículos.

Bajaron por la rue de Montaux, torciendo por la del Dragón.

—Descansemos un rato en un café. Aún nos queda mucho por andar.

Penetraron en un bar, sentándose junto a un ancho ventanal que daba a la calle. Costin vió cómo su compañero se ponía ligeramente pálido.

—¿Que te sucede?

—No vuelvas ahora la vista. Ese hombre estaba también cuando descendimos de la estación. Nos viene siguiendo.

Alem, parsimonioso, encendió un cigarrillo, torciendo ligeramente la cabeza. Un individuo de marcado rostro germano desvió la vista. Dijo en alta voz:

—Dentro de un rato iremos a Notre Dame. Es lo más típico de Marsella —luego, en voz baja, sin mover apenas los labios, continuó —: Creo que tienes razón, pero es inútil huir. Esperemos a que oscurezca y entonces...

Los ojos del rumano se iluminaron con fiereza. Pidieron dos bocadillos, que saborearon, y, ya de noche, enfilaron la rue del Dragón, hasta desembocar en el *boulevard* de Notre Dame, desde donde se divisaba la capilla, a la que se llega utilizando un ascensor. Pasaron de largo y, en silencio, alcanzaron Quai Rive Neuve, junto al puerto antiguo. Las calles estaban casi desiertas. Penetraron en un almacén de bebidas, pidiendo dos dobles de ginebra.

—¿Le viste?

—No. Es otro. Quizá hayan cambiado de hombre, pero no de intenciones.

Bebieron despacio, acodados en el mostrador de madera. Nicolae Golesco preguntó al tabernero:

—¿Hay por aquí un establecimiento que se llame El Marino?

—Sí. Se llega a él siguiendo esta «rue» hasta el fuerte de San Nicolae.

—Gracias.

Los rumanos observaron que ninguno de los que allí había les prestaban la menor atención. Oyó cuchicheos a su derecha. El

ambiente era hostil.

—Perteneceamos al Ejército invasor, Nicolae. No me gusta la atmósfera. Salgamos.

Fuera, acercándose al mar, separado del paseo por un dique de varios metros de altura. Al fondo, el líquido oscuro movíase suavemente.

Golesco encendió un cigarrillo, manteniendo el fósforo encendido varios segundos, como deseando dejarse ver.

—¿Qué haces? —le preguntó, extrañado, su amigo.

—Disponte a actuar.

Apretaron algo el paso. De pronto, Nicolae escondió la pequeña brasa en la palma de su mano, parapetándose tras unos barriles que esperaban, sin duda; el turno para ser embarcados. Costin comprendió.

Transcurrieron los minutos, sin que nada turbara el majestuoso silencio de la noche. La luna surgía a lo lejos, enrojecida en sangre. Nicolae apretó la mano de su compañero, esgrimiendo el cuchillo. A unos diez metros, un hombre avanzaba con las máximas precauciones, extrañado de la súbita desaparición de sus perseguidos.

Se detuvo ante los toneles, escuchando. Golesco y Costin contenían la respiración, para evitar que ésta les delatase. Tranquilizado, el sujeto avanzó unos pasos, mirando en todas las direcciones. Inesperadamente, una sombra se alzó ante él, clavándole un puñal en el corazón. Con el asombro reflejado en el semblante, el hombre se desplomó como un fardo. En el bolsillo interior de la americana, Alem encontró un carnet.

—Gestapo —murmuró—. Son finos sabuesos. ¿Qué haces?

—Cambiar mis ropas por las tuyas. Me temo que la cita sea una celada. Yo penetraré el primero en la taberna, sentándome en un rincón. Luego lo harás tú, sin reconocerme. Nos esperarán a los dos de uniforme. Hemos de ser prudentes. Estamos a un paso de nuestra salvación.

—Sí, Nicolae.

Tiraron el cadáver al agua, y poco después, Golesco entraba en un local de sórdido aspecto, lleno de indeseables. Su ropa hacía pasar desapercibido. Pidió media botella de vino. En previsión de acontecimientos desagradables, procuró que su espalda tuviese tras

de sí la pared. En cada uno de sus bolsillos iba una pistola automática. Desde su observatorio vió penetrar a Alem, que, luego de tomar una copa de aguardiente, cambió unas palabras con el que atendía el mostrador. Segundos más tarde, los dos hombres desaparecieron en la trastienda.

Nicolae aguardó nervioso, decidido a todo. Recurrió al tabaco para combatir la creciente excitación. Ahora, su compañero corría un grave peligro; dábase cuenta de lo extraordinario de su amistad, nacida en el campo de concentración, sin esperanzas ni egoísmos. Le quería más que un hermano.

Le vió aparecer acompañado de otro hombre. Los dos charlaban animadamente en francés. Se dirigieron a él, diciéndole:

—¿Nos permite ocupar su mesa? Están todas llenas.

—Desde luego. Me aburría solo. ¿Quieren beber?

Sirvió vino, que apuraron. Alem dijo, en el tono bajo en que había de desarrollarse toda la conversación:

—Es Prerau. Dice que mañana, a las tres de la madrugada, saldrá un hidroavión para los Estados Unidos de la gran escollera, a la altura del faro du Joliette. Podremos huir en él.

—¡Estupendo! Pero en Norteamérica no se puede entrar fácil. Se necesita un permiso. Los agentes de inmigración son implacables —opuso Nicolae.

—Todo puede resolverse —medió Prerau—. Es mejor que hablemos paseando por Quai Rive Neuve. Marsella rebosa de espías —viendo que Golesco iba a pagar lo consumido se opuso—. Deje. Es cuenta de la casa.

Salieron, caminando despacio. Costin, impaciente, apremió:

—Bueno. Le oiremos.

—Es un poco difícil lo que tengo que decirle. Yo pertenezco a una red de espionaje y necesitamos hombres como ustedes. Su salvación depende de que acepten unirse a nosotros.

—¿Espionaje? ¿Por cuenta de quién?

—Primero deseo que sepan las ventajas que les proporcionaría pensar egoístamente. La salida de Francia y la entrada en Estados Unidos. Allí, un enlace de la organización, que les espera, les proporcionará una reputación honorable y grandes cantidades de dinero. Su trabajo: obedecer. Todos nuestros agentes de América están controlados por el Federal Bureau of Investigation. Hace falta

gente nueva y con un historial tan magnífico como el de ustedes.

Nicolae y Alem se miraron. En los ojos de los dos hombres brillaba la inteligencia. Comenzaban a darse cuenta de muchas cosas. Prerau prosiguió:

—En los años trágicos que nos corresponde vivir son necios los sentimentalismos. Les propongo la vida, la fortuna, el bienestar. Si no aceptan, habrán de quedarse en Marsella, donde serán capturados por la Gestapo, internados en nuevos campos de trabajo e incluso fusilados. Cuando la guerra termine, si aún estuvieran vivos, serán ahorcados como traidores. Recapaciten bien antes de contestarme.

—Insisto en saber en nombre de quién nos habla. ¿Rusia?

—¡Oh, no! Me agradaría primero saber qué piensan de todo esto.

El miembro del Servicio Secreto obraba cauteloso, desconfiando de los dos hombres. La calle del puerto antiguo estaba totalmente desierta y penetraren por la de du Fort, estrecha y formada por pequeñas casas, con grandes portalones de madera. La voz de Golesco sonó fría, carente de inflexiones:

—¿Es Alemania quién nos hace esta proposición?

—Sí. Ayer recibimos un informe de nuestros agentes en Bucarest. Elena Costin ha sido detenida por la Gestapo. Su suerte dependerá de la actitud que adopte su hermano. En la misma celda está Lascar Golesco, que, aunque viejo, resiste bien las penalidades. El Gobierno rumano insiste en fusilarles. La Gestapo lo está impidiendo por orden del Abwher, nuestro servicio de información. Serán agregados a las secciones primera y segunda; es decir, para informes propiamente dicho y sabotaje. El alto mando confía mucho en su inteligencia y cuenta con ustedes.

—¿Y si nos negamos? —sugirió Alem.

—No se lo aconsejo. Tengo la seguridad de que han combatido a la gran Alemania porque desconocen su fuerza y sus proyectos de dominar el mundo, para engrandecerlo. Quizá también por un sentimiento romántico, admirable, de patriotas. Defendían su patria, invadida por el extranjero. Rumanía ganará con el triunfo del Tercer Reich. Llevaremos allí nuestros técnicos, nuestras fábricas. Educaremos a las nuevas generaciones en el culto a la verdad. Su padre, Nicolae, y su hermana, Alem, serán consideradas como familia de bravos combatientes especializados, rodeándoseles

de toda clase de consideraciones. Ellos y ustedes han sufrido mucho. Ya es hora de que comiencen a vivir con sosiego y bienestar. Si insisten en mantener una absurda postura de enemistad, les trataremos como a traidores.

—¡Miserable! —rugió Golesco, alzando el puño para golpear a Prerau.

—¡Quieto, Nicolae! —reconvino Costin, sujetándole el brazo en el aire—. Ya no se trata de nuestras vidas, que nada valen, sino de las de nuestros familiares. Elena es lo único que me queda en el mundo y por ella soy capaz de todo, Además, pienso si este hombre no tendrá razón. Te confieso que muchas veces, en la soledad del campo de prisioneros, cuando el hambre me torturaba, lamenté no contarme entre los vencedores. No vamos a traicionar a nuestra patria, sino a los Estados Unidos. Me repugna la idea en principio, y, sin embargo, la encuentro aceptable.

—¡Alem!

—No quiero que te ofendas. Vencidos o vencedores, cuando llegue la paz, si estamos vivos, trabajaremos para nuestro pueblo. Pertenece a una raza débil y siempre estaremos sojuzgados. Elena tiene dieciocho años. Confía en mí, aun creyéndome detenido. Tu padre es muy anciano. Yo acepto.

—Porque eres un cobarde, un miserable.

Golesco, enfurecido, golpeó con su mano útil la mandíbula de Prerau, huyendo. Costin, angustiado, le gritó:

—¡Detente! ¡Te matarán!

Fue a seguirle, pero se lo impidió el agente secreto:

—No irá muy lejos.

En efecto. Nicolae vióse de pronto deslumbrado por los focos de un automóvil descapotado, que avanzaba despacio. Se refugió en el quicio de una puerta, en un inútil deseo de pasar desapercibido. El coche se paró frente a él, y Golesco vió que le encañonaban con una pistola de gran calibre, al tiempo que un puñal silbaba en el aire, clavándosele en la mano derecha, que mantenía pegada a la madera. Sintió un dolor agudísimo y quiso esclavar el arma, pero un hombre saltó del vehículo y le propinó un fuerte culatazo en la nuca...

Cuando despertó, se hallaba solo en el interior de una pequeña habitación sin ventanas e iluminada por una débil bombilla. Le

dolían terriblemente la mano, el hombro y la cabeza. Recordó lo sucedido y no pudo evitar un estremecimiento, evocando a su anciano padre. Él iba a contribuir a su asesinato. ¿Cómo salvarles?

Una luz se hizo de pronto en su cerebro. Sí, era la mejor solución.

Le dolía en el alma la actitud de Alem Costin. En adelante no podría fiarse tampoco de él. Sin embargo, continuaba amándole. ¡Era tan humano su comportamiento en un mundo envilecido, víctima de la brutalidad! Se decidió.

Al forcejear con las supuestas ligaduras dióse cuenta de que, manos y tobillos, estaban comprimidos por esposas de duro acero. ¿Cuándo vendrían a matarle?

En ese mismo instante la puerta se abrió, apareciendo en ella Alem Costin, Prerau y un individuo con las insignias de las S. S., que fue el primero en hablar:

—He podido comunicar con nuestra oficina de Rumanía; pero, antes de dar la orden, vengo, por última vez, a recibir su respuesta.

Nicolae recorrió con la vista al germano, volviendo los ojos a Costin, que no pudo resistir la mirada. Respondió:

—Acepto. Yo también deseo vivir.

Alem respiró, aliviado de la angustia que pesaba sobre su corazón. Cuando salieron todos de la estancia, su compañero le abrazó, diciéndole:

—Comienza una nueva época para nosotros.

Golesco no respondió. En su cerebro iba consolidándose una idea, que pondría en práctica en el momento oportuno.



CONSEJOS AL LECTOR:

**Los libros son tus mejores amigos.
No los maltrates, ni los prestes, ni los
malvendas.
Sé fiel a tus amigos.**

III



O desea el coche, senador? —No, Brenda. Prefiero dar un paseo. Si me necesita me encontrará, hasta las siete, en el despacho del director de la Clearing House[3]. Ha sido un día infernal. Hasta mañana, señorita.

—Adiós, señor Carstairs.

El hombre, de unos cincuenta años y aspecto distinguido, enfiló la gran Broadway, en Nueva York, confundiéndose con el numeroso público que llenaba las anchas aceras. Eran las seis de una tarde gris, en la que el cielo presagiaba lluvia. El tráfico era enorme, produciéndose a veces embotellamientos de vehículos, entre una algarabía de «claxons» y maldiciones.

Con las manos hundidas en la ajustada gabardina, el senador Michael Carstairs caminó despacio, insensible a los empujones. Su

rostro reflejaba una gran preocupación.

Pasó a Cedar Street, deteniéndose a encender un cigarrillo, en su deseo de llegar lo más tarde posible a su destino. Vió, a unos trescientos metros, el edificio de la Cámara de Compensaciones y penetró en un «drug», para comprar fósforos y tomar un «sándwich». Introdujo una moneda en una ranura, y en breves segundos, tenía el bocadillo en sus manos.

Comió maquinalmente, sin responder al obsequioso saludo de una de las dependientas, una rubia deliciosa.

Minutos después, Michael prosiguió, lento, la marcha. Poco antes de alcanzar Clearing House, un individuo, que no le perdió de vista en el recorrido, se acercó a él, diciéndole:

—Si no le importa, puede acompañarme. Le espera Dinudin Beldiman.

Carstairs miró con desconfianza al que le interpelaba. Instintivamente apretó con el brazo el revólver «Smith-Wesson» que llevaba en la funda sobaquera, y luego, con un suspiro de resignación, penetró en un negro «Cadillac», que pasó de nuevo a Broadway.

—¿Dónde vamos?

—Ya lo sabrá. Usted no ignora que el jefe es muy reservado.

En el automóvil iban el conductor, Carstairs y el individuo que le abordara.

Michael recordó la información que leyera en el «New-York Herald» sobre los nuevos agentes del F. B. I.,

que la tarde antes juraron el cargo, y no pudo evitar un estremecimiento. Le era igual donde le llevaran. Había sido un traidor a su patria.

Reaccionó al sentir el paso de los trenes. Estaban atravesando el famoso puente de Brooklyn, el más grandioso del mundo y el primero que se construyó con cables de acero.

Abatido, tornó a encender un cigarro. Desde hacía tiempo consumía pitillos y pitillos, que tiraba apenas encendidos, en su deseo de calmar la creciente excitación nerviosa.

Fuera del puente, el «Cadillac» continuó por la avenida de Myrtle, ascendiendo hasta detenerse frente al puente Washington.

—Hemos llegado. Sígame.

Carstairs, como al descuido, se desabrochó la gabardina y la americana, en previsión de que, las circunstancias le obligaran a empuñar el «Smith-Wesson», que nunca le abandonaba.

Desdeñando el ascensor, subieron por una estrecha escalera de mármol, que les condujo al primer piso. Un sujeto, con aspecto de «gángster» salió a abrir y, tras recorrer varios pasillos, penetraron en una amplia habitación lujosamente amueblada. Al fondo, junto a un gran ventanal, había un piano y, junto a él, sentada, una mujer atrayente.

El senador sintió a su espalda el ruido de la puerta al cerrarse y, muy sereno, examinó el cuarto, comprobando que le habían dejado solo con la desconocida.

—Y bien —dijo—; ¿se puede saber qué hay detrás de todo esto? Ella, levantándose graciosamente, repuso:

—Nada anormal, senador. Dinudin Beldiman vendrá pronto. Mientras tanto, si no le importa, podríamos tomar una copa de «*whisky*». Me llamo Sarah Gray. ¿Le agrada la música?

—Desde luego, y su compañía también, señorita. Lo malo es que tengo un día atareadísimo. Dinudin me dijo que no me molestaría más.

—Y así es. Quiere darle a usted un premio extraordinario. Sin su ayuda, nunca hubiésemos conseguido el gran éxito de ayer. Al menos, eso le he oído decir.

—¿Se refiere a...?

—Sí, al

F. B. I.

Siéntese.

Se acomodaron los dos en el amplio diván, parte integrante de un majestuoso tresillo, y bebieron en silencio. Michael, hombre que conquistó su posición tras una larga lucha contra la pobreza, más sereno por el curso que tomaban las cosas, bebió un sorbo de licor, paladeándolo.

—Buen «*whisky*». Se ve que Beldiman gusta de rodearse de lo más selecto. No creo que él se enfade si afirmo que es usted encantadora.

—Gracias, señor Carstairs.

En efecto. La muchacha, vestida con un largo traje de noche que

dejaba al descubierto la espalda y los bien torneados hombros, estaba realmente sugestiva. Además, el cabello suelto y rizado, enmarcaba un rostro de líneas perfectas, con una boca de labios ligeramente gruesos.

Se hizo un breve silencio. La joven se sintió ganada por la natural simpatía de su interlocutor, que la miraba sonriendo.

—Me recuerda, Sarah, a una persona muy querida para mí, aunque ella ahora le doblaría en edad. Es usted una chiquilla. Apuesto a que no tiene los veinte.

—Calcula bien, senador. Me falta uno para cumplirlos. Todavía no he pensado en ocultar mis años. ¿Su esposa?

—No, mi prometida. Murió en Dakota del Sur, en Mitchell, en una refriega entre vaqueros. La atravesó el corazón una bala perdida.

El semblante de Carstairs reflejaba un profundo dolor. Su cabeza encanecida se inclinó unos momentos para erguirse de nuevo, en un maravilloso alarde de velocidad:

—Señorita: ignoro qué papel juega cerca de Beldiman, pero medite bien las cosas antes de hacerlas.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Lo que ha oído. Puede ser mi hija y la di un consejo. ¿Le importaría tocar algo para mí?

Soy un amante de la música. Por ejemplo, la «Romanza en fa».

—Encantada. Lamento no ser una intérprete digna del gran Beethoven.

La joven, graciosamente, se sentó en la banqueta giratoria del piano y sus dedos ágiles recorrieron las teclas, arrancando de ellas dulces sonidos.

Michael cerró los ojos con deleites, sintiendo que la ternura de la maravillosa composición se iba apoderando de él. Unas palabras, pronunciadas en inglés con marcado acento germano, le sacaron de su abstracción.

—Hermosa velada. Celebro que no se aburra, senador. Como temía retrasarme, le dispuse una agradable compañera.

El que hablaba era un individuo de unos cuarenta años, de mediana estatura y rostro ancho. Sus ojos tenían un brillo desconcertante, por su inexpresividad.

—No se equivocó, Beldiman. Y le aseguro que dejé una

importante visita sin hacer.

—¡Bah! No se preocupe. La vida es corta. ¿Cómo no se quitó la gabardina?

—He de marcharme pronto. Me esperan. Por cierto, que ha faltado a su palabra para conmigo, Dinudin. Me aseguró que me dejarían en paz.

Carstairs habíase levantado y miraba fijamente a su interlocutor, el cual, sin inmutarse, replicó:

—Y así es. No le mentí. Nunca estará usted más en paz que cuando salga de esta casa. Es mucho lo que tengo que decirle. ¿Por qué no se pone comfortable?

Michael dudó unos segundos. Luego, acometido por una súbita idea, respondió:

—Bien; de acuerdo. Más antes he de telefonear a mi secretaria.

—Tendría que hacerlo desde la calle, y no merece la pena que se moleste. Vamos, no sea testarudo. Yo le ayudaré.

Carstairs, intuyendo que corría un gran peligro, dejó hacer a Dinudin, que, doblando cuidadoso el impermeable, lo dejó sobre una silla, diciendo a la muchacha:

—Sigue, Sarah. No pudisteis escoger nada mejor para mi sensibilidad. Cerrando los ojos me parece encontrarme de nuevo en Berlín.

La joven continuó la romanza, pero Michael no la escuchaba. ¿Cuáles serían las intenciones de Dinudin Beldiman? Le observó con el rabillo del ojo. El germano permanecía estático, entregado de lleno a la música. Al terminar ésta se disculpó:

—Perdone, Carstairs; soy un melómano impenitente, un sentimental para lo que no afecta al buen servicio de mi patria. ¿Otra copa?

—¿Cómo sabe que he tomado ya una? —le preguntó, con brusquedad, Michael.

—Por los vasos y, además, porque me consta que Sarah es buen anfitrión. Es de mi confianza.

El senador hallábase seguro de que Dinudin le había estado vigilando desde algún observatorio oculto entre los tapices o los cuadros. No le gustaba nada la expresión de su antagonista. Inquirió:

—¿Se puede hablar delante de la muchacha?

—Ya le indiqué que confío ciegamente en ella. A su padre le mataron acusado falsamente de espionaje. Desde entonces se ha decidido a hacer por sí lo que nunca realizó su progenitor. Una venganza muy original... americana. Odia a los asesinos del único ser que le quedaba en el mundo. Una historia muy interesante, ¿verdad?

—Sí, pero le ruego que me diga de una vez qué es lo que desea de mí.

—Darle un gran premio por su comportamiento de estos últimos meses. Nos ha sido muy útil, senador. Ayer culminaron victoriosamente nuestros planes.

—Pierde el tiempo —contestó fríamente Carstairs—. Le dije que nunca admitiría dinero. Si accedí a sus propósitos fue amenazado por usted. Espero que me dará esas dos cartas que me comprometen. Era lo pactado. Pensaba llamarle esta noche por teléfono para dejarlo resuelto.

Beldiman sonrió levemente, con un brillo en sus ojos acerados. Después comenzó, meditando mucho cada palabra:

—El caso es que... Verá... Yo lucho por mi país y temo que, en fecha no muy lejana, haga usted lo mismo por el suyo. Concibo a los patriotas que llegan hasta el heroísmo. La guerra entre nuestras dos potencias aún no es más que un fantasma que va tomando cuerpo poco a poco. Con una sola palabra, echaría a rodar todos los planes, tan minuciosamente elaborados. No sé qué hacer...

La réplica de Michael fue seca:

—Me sorprenden sus consideraciones. Le di mi palabra de honor de que guardaría siempre el secreto. Va mi reputación y mi carrera en ello.

—Ya lo sé. ¿Pensará usted lo mismo cuando sepa que un transporte de tropas ha sido torpedeado; que una fábrica de municiones voló con todos los obreros; que su Policía se angustia inútilmente para descubrir a los saboteadores? ¡Ah! Leerá en la Prensa relatos de increíble valor; hombres que mueren por defender a un compañero herido... ¿Cómo reaccionará?

Carstairs seguía atentamente las palabras del germano. Sarah Gray le miraba desde su sitio con una extraña expresión en las pupilas. Dinudin continuó:

—Créame, senador, que he pasado varias noches de insomnio sin

poder responderme a estos interrogantes. Al fin he llegado a una decisión. La del premio excepcional —se volvió a la joven, diciéndole—: ¿Quieres interpretar algo al piano? Por ejemplo, «Para Elisa» —tornó a dirigirse a Michael, que le oía asombrado—: ¿Dónde íbamos? Ya recuerdo. Usted es un hombre extraordinario. Tome sus cartas. Las traje conmigo. Yo cumplo siempre lo que prometo. La palabra es ley en los negocios. Puede comprobarlas. No me molesto.

—No es preciso. ¿Quiere algo más?

Michael se levantó, decidido a terminar con el diálogo. Torció el torso para coger la gabardina, desviando unos segundos sus ojos de la figura de Dinudin. Al recobrar su postura normal, palideció. El germano le apuntaba con un «Colt».

—¿Qué va a hacer?

—Impedir que sus escrúpulos nos vendan. Le mataré escuchando a mi compositor favorito.

—¡Es usted un traidor!

—No. Un patriota, un miembro del Servicio Secreto. He querido que diera el salto al otro mundo con el recuerdo de un genio alemán. Agradézcame la cortesía. La muerte en sí no es nada. Un solo paso basta para llegar al dominio de la eternidad.

Por la contracción de su rostro, Carstairs adivinó que Beldiman iba a dispararle, y, con la máxima rapidez, decidido a vender cara su existencia, llevó la mano a la funda sobaquera esgrimiendo el «Smith Wesson», que no llegó a usar, porque una bala se le clavó en el corazón, matándole instantáneamente. Murió con el asombro reflejado en el semblante, esperando oír una detonación, que no llegó por el silenciador adosado en el revólver. Sarah Gray, impresionada, suspendió la melodía, pero Dinudin la rogó:

—Sigue, por favor. Tal vez esté escuchándote todavía.

La muchacha obedeció, mientras Beldiman, inclinado sobre el cadáver, preparó habilidosamente la coartada. Interesaba que creyeran en un suicidio. Las cartas evidenciarían que se trataba de un acto de desesperación...

Horas más tarde, en el depósito de cadáveres del Hospital Lyingin, de la Segunda Avenida, el inspector Mac Pyne, frente al cuerpo del senador Michael Carstairs, cambiaba impresiones con el agente George Krosac, joven de porte atlético, con una leve cicatriz

en la mejilla derecha, producida en una riña a cuchillo al detener a un forajido.

—Insisto —decía el veterano inspector— que se trata de un asesinato. ¿No les parece?

—Desde luego. Además, o mucho me equivoco, o el proyectil no fue disparado con el «Smith-Wesson». Al observarle a la lupa en el laboratorio me pareció que las estrías giraban hacia la izquierda, como los «Colts». O mi memoria me es infiel, o el cañón de los «Smith-Wesson» está rayado a la derecha. No quiere decir nada que al arma del senador le faltase una bala. Me inclino a creer, como usted, que fue víctima de una emboscada.

—¿No reparó en más? —inquirió Mac Pyne.

—Sí. Aunque el cadáver apareció en la bahía Govanus, fue matado lejos de allí, sin la gabardina. Fue un desacierto abrochársela. La tenía que haber perforado el proyectil. Las cartas me inducen a creer también que Michael Carstairs estaba siendo víctima de un «chantage».

—Bravo, George. Es usted muy perspicaz. Le felicito. Hemos coincidido en todo. Ahora falta comprobar si esos documentos que tenía el cadáver son auténticos. El senador gozaba de una magnífica reputación.

Una enfermera que entraba en ese momento avisó:

—Inspector: le llaman de su oficina. Hemos conectado aquí la línea.

—Gracias —descolgó el auricular, diciendo—: Sí, Pyne, ¿qué hay? —Escuchó atentamente—. Bien... bien... Saldré cuanto antes para allá... Sí... Tomaré el avión militar... De acuerdo... ¿Alguna orden más?... Sí, está a mi lado... Se lo comunicaré... ¿Telegrafía a mi llegada?... De acuerdo —colgó, explicando a Georges Krosac—: Nos encargan a los dos de este asunto. Yo marchó a Washington con unos documentos que ha entregado la secretaria de Carstairs, con la indicación en el sobre de que sólo podía abrirlos nuestro jefe superior Hoover. Voy a llevárselos personalmente. El crimen ha formado un gran revuelo. El senador era un hombre muy popular. Usted investigue, lo que pueda. Creo que a mi vuelta sabremos a qué atenemos. Adiós; el avión sale dentro de cuarenta minutos.

Los dos hombres del F. B. I., se estrecharon la mano con cordialidad.

—Suerte, inspector.

Ya solo, Georges Krosac se inclinó sobre el muerto, examinándole cuidadosamente el cuerpo. Buscaba alguna señal de violencia que no halló.

Registró el traje y la gabardina, en uno de cuyos botones había unos minúsculos fragmentos de hilo grueso. Pensó en alta voz:

—Parecen de una alfombra. Si es así, no cabe duda de que le asesinaron en el interior de alguna casa...



Un libro, por malo que sea, siempre encierra algo bueno. Las publicaciones de **EDITORIAL**

ROLLAN contienen:

**Datos científicos, argumentos humanos
y escenas emocionantes**

IV



éste es el principal nudo de nuestra historia. Después nos trasladaron en un hidroavión al Estado de Iowa, donde firmamos unos papeles pidiendo la nacionalidad norteamericana. Vivimos unas semanas en Sioux City, hasta que nos ordenaron venir a Washington. Alguien arregló nuestro ingreso en el

F. B. I.,

y, siempre bajo la amenaza de las represalias en nuestro padre y hermana, obedecemos. ¡Padeíamos la desorientación de los que milagrosamente escapan a una muerte segura! Cuando, terminado el curso, oímos sus palabras, señor director, algo muy grande se abrió en nuestro corazón, y por encima de la familia, del egoísmo personal, venimos a ofrecerle la dimisión, y ¡que Dios nos proteja!

Nicolae Golesco, el evadido del campo de prisioneros de

Hildburghaus, y su compañero Alem Costin permanecían respetuosos en el despacho particular de John Edgar Hoover, al que acompañaba el inspector Mac Pyne, recién llegado de Nueva York, que miraba a los dos hombres con singular atención. Cuchicheó unos minutos con el jefe del

F. B. I.,

y éste, asintiendo con la cabeza, se dirigió a los que aguardaban su decisión:

—Escuchen. Conocíamos la historia. Celebro que rindan culto a esa fidelidad que juraron. Su evasión, sin duda, fue facilitada por los agentes del Abwher. Son demasiadas coincidencias las que favorecieron su fuga. El Servicio Secreto alemán, hace unos años, envió judíos, creyendo que así no serían sospechosos, pero ninguno tuvo el menor interés en favorecer a los enemigos de su raza. Constantemente recibimos noticias del

O. S. S.

[4] denunciando la llegada a nuestra patria de grupos de saboteadores, que son reducidos fácilmente a la impotencia. La jugada, esta vez, era magnífica, y pretendo que se vuelva contra ellos.

Hoover hizo una breve pausa. Prosiguió:

—Si se conoce su conducta acabarían con sus familiares. Preferible es evitarlo, hasta tanto que logremos ponerlos a salvo. En Bucarest hay varios agentes nuestros decididos a todo. Se trata de que continúen con sus antiguos compañeros y descubran la extensa organización germana. Eviten matar innecesariamente. ¿Puedo contar con ustedes?

—Desde luego, señor —replicó Nicolae Golesco, con entusiasmo—. Ardo en deseos de luchar.

—Pues entonces irán trasladados a Nueva York. Allí tienen establecido el cuartel general. Obedezcan las órdenes. El inspector Pyne se encargará de comunicárselas. Marchará en el mismo avión que ustedes, aunque aparentará no reconocerles. Les enviaremos al hotel los pasajes. Ahora tienen la tarde libre.

John Edgar les tendió cariñosamente la mano, en un gesto de confianza, que los jóvenes supieron agradecer.

Ya solos, Mac preguntó a su superior:

—¿Se fía totalmente de ellos?

—No. Sin embargo, de ser sincero el arrepentimiento que han mostrado, podrían desarrollar una labor maravillosa. Usted se encargará de vigilarles. Ordene que transmitan a Rumanía la orden de proteger a sus familias. Ellos no tienen la culpa de nada — Hoover tomó unos papeles de sobre la mesa, comentando irónico—: Fue oportuno el asesinato del senador. Sin él no hubiéramos podido presumir de bien informados. ¡Pobre Carstairs! Le apreciaba mucho. Dejando aparte sus delitos de juventud, era un patriota. Como tal se comportó siempre. Tenga, lea la nota que acompaña el informe.

Pyne posó su mirada curiosa en un papel sin membrete, que decía:

«Cuando lean la presente, yo habré muerto. Sé que he sido un cobarde en la vida; pero, por despreciable que se sea, siempre se puede hacer bien. Adjunto relación de lo que pude averiguar durante mi forzada convivencia con los enemigos de América. Saludos y buena suerte».

Alem Costin y Golesco caminaban silenciosos por la avenida de la Constitución. Nicolae fue el primero en hablar, poniendo trémolos de orgullo en su voz:

—Me parece haber rejuvenecido diez años. Créeme. Nunca supuse que nuestro director fuese un hombre tan humano. Ahora comprendo por qué el

F. B. I.,

es la mayor fuerza policíaca del mundo. Como allá, en las montañas, combatiremos contra nuestros enemigos. Luego, vencida Alemania, podré regresar a mi tierra y hundir en ella el arado con la esperanza de la cosecha. Tú, ¿qué harás?

Alem, sorprendido por la pregunta, replicó:

—Todo, menos estudiar. Ya pasé de esa edad. He aprendido una dura lección, superior a cuantas enseñan los libros. Mi alma es un nido de rencor, no a una raza, sino a mi propio destino. Sólo deseo vivir de la mejor manera, sin privaciones. Los países débiles siempre estarán sojuzgados por los vecinos fuertes. Temo más a Rusia vencedora, que a Alemania. Tú y yo nos queremos como dos hermanos. Tengo el deber de hablarte claramente. Si sabemos usar

de la confianza que nos ha otorgado el

F. B. I.,

podremos obtener mayores beneficios que el resto de los miembros del espionaje y hacernos ricos en unos años. Mi hermana y tu padre serán salvados. Es eso lo que importa.

Golesco se paró, y con la indignación reflejada en el semblante, dijo:

—¡Alem...! ¡Estás loco! Yo no quiero nada que venga de quienes me pusieron en trance de muerte, pisando la bandera que juré defender. Vuelve en ti. Podemos ser elementos útiles de la resistencia de Rumanía, luchando contra el «Abwher». ¿No te acuerdas acaso del campo de concentración, del trato que sufríamos, de los miles de israelitas que vimos aplastados en la carretera por los tanques? ¿Olvidaste los suicidios colectivos para evitar los sufrimientos? No, no has reflexionado tus palabras anteriores. En mi ficha del campamento figuraba como protector de judíos. Se equivocaron. Defendí a algunos para evitarles una muerte espantosa. Yo vi a mujeres correr desnudas, mientras las ametralladoras buscaban sus cuerpos en las calles y plazas.

—Es fruto de la guerra.

—Sí; ya lo sé. Pero nosotros no atacamos a nadie y vivíamos en paz. En Hildburghaus soñaban con la venganza. Haz justicia a los enemigos de tu pueblo y de tu raza.

Costin reflexionó unos segundos. Después, pasándose una mano por los ojos, confesó:

—Perdóname. Has hecho bien en hablarme así. A veces siento que dentro de mi pecho arde una llama de codicia, de bienestar. Tú no ignoras que yo me lancé a los montes luchando por la libertad. Creo que mi moral se ha quebrantado. Ayúdame tú.

Golesco, paternalmente, puso su mano sobre el hombro de su compañero.

—Sí, Alem; comprendo lo que te ocurre. Igual le sucede a una gran masa de jóvenes. La desorientación y la falta de virtud les conduce a la senda del delito. Nosotros nos alzaremos frente a un mundo corrompido. Toma un cigarro. Te calmará.

Reanudaron el paseo. Costin encendió el pitillo y, sin mirar a la cara a su amigo, inquirió:

—¿Dónde nos espera Prerau?

—En un «*night-club*» próximo a la entrada principal del Potomac. Mejor será que tomemos un coche.

Detuvieron un «taxi», y durante el recorrido no cambiaron palabra. Nicolae pensaba con angustia si la vida no llegaría a enfrentarle con su compañero. ¡Él estaba decidido a morir en defensa de la fidelidad que juró!

Recordó la sangre fría de Alem al asesinar a los soldados que les sorprendieron minutos antes del bombardeo aéreo, y cómo fue el primero en aceptar las condiciones que les impusieron en Marsella.

Desechó la desconfianza de su corazón. No; su amigo entrañable no era un traidor.

Tras de abonar el importe del trayecto, se apearon del vehículo, penetrando en un lujoso «*cabaret*». Aunque los dos rumanos llevaban trajes oscuros, el portero les miró con expresión de poco agrado. Nicolae comprendió que, sin palabras, les reprochaba la falta del «*smoking*» en su atuendo.

En el establecimiento había congregado un numeroso público que bailaba a los acordes de la música de «*jazz*». Eran las siete de la tarde y los hombres de negocios, los estudiantes y un buen número de elegantísimas muchachas, iban a danzar, reuniéndose en «peñas», en las que todos eran conocidos.

—Debiste haber vestido de etiqueta. Me olvidé advertirlo. Aquí viene lo mejor de la sociedad de Washington. Lllamaréis la atención. Es un club donde hay una rigurosidad extraordinaria a ese respecto.

—Creí que era sólo por la noche... —se disculpó Golesco.

—No. A esto le llaman «sesión merienda». Muchos permanecen ya aquí hasta la madrugada. El dueño sirve toda clase de cenas frías; pasad conmigo.

Penetraron por un pasillo que se abría entre los servicios de guardarropa y los lavabos, llegando a una habitación cómodamente amueblada. Prerau cerró la puerta tras de sí, y habló:

—Os estaba esperando para hacer un pequeño trabajo...

Quince minutos más tarde, los tres hombres, en un soberbio «Studebaker», volaban por las arboladas avenidas, mientras las sombras caían lentas en un crepúsculo de sangre.

—¿Cuál es la operación? —inquirió Costin.

—Sencilla. Os daré instrucciones conforme vayamos realizando

el plan —fue la desconcertante respuesta.

Cruzaron el Potomac, penetrando en el parque del mismo nombre, a cuya entrada dejaron el automóvil. Anduvieron entre los macizos de vegetación hasta alcanzar un pequeño claro, cuando ya era noche cerrada. Aguardaron en silencio cerca de media hora. Prerau consultó repetidas veces su cronómetro. Al fin, sacando de uno de los bolsillos de la americana una linterna, la encendió, haciendo señales en el aire. Repitió varias veces.

—¿Nos verán los guardas?

—Por este lado no hay más que uno, y cien dólares cierran boca y oídos. Ya vienen.

Un gran autogiro descendía lentamente, sin ruido apenas. Del helicóptero saltaron dos hombres, saludando militarmente a Prerau.

—Todo dispuesto —anunció uno de ellos.

—Bien. Vosotros dos, en la cabina de atrás. Iréis un poco apretados, pero viaje será corto. Yo me haré cargo de los mandos.

Alem y Nicolae obedecieron sin replicar. El autogiro era de modernísima construcción, y se remontó en el aire, dejando en el parque a quienes venían tripulándolo.

—Cuando agite la mano, dejad caer rápidamente los paquetes que hay debajo del asiento. A eso se reduce vuestra labor.

Golesco se lamentaba en su fuero interno de no haber podido avisar a sus compañeros del

F. B. I.

Por un momento sintió tentaciones de negarse a obedecer, pero el hacerlo equivalía a desbaratar los planes tan sabiamente trazados por John Edgar Hoover.

Volaron sobre la ciudad, cuyas luces brillaban como gigantescas luciérnagas, disminuyendo de tamaño. El aparato tomaba más altura.

Salieron del núcleo urbano, siguiendo la cinta del río Potomac. Prerau les dijo:

—Atención. Nos acercamos.

Agitó el brazo en el aire, y Golesco y su compañero lanzaron al espacio los paquetes, mientras el helicóptero ascendía veloz.

Hasta que no oyeron debajo de ellos espantosas detonaciones, no comprendieron claramente la importancia de su misión. Acababan de efectuar un bombardeo aéreo. Abajo, las llamas hacían presa en

las grandes naves de una fábrica que se veían ahora claramente al rojizo resplandor del incendio.

Nicolae apretó los puños con rabia en un esfuerzo por contener la indignación que le dominaba. Alem, por el contrario, sonreía.

Prerau, temeroso de ser descubierto por las avionetas de la Policía, puso el autogiro a la máxima velocidad, y una hora después, los tres hombres tomaban tierra en el mismo lugar de donde partieron. Dos individuos, pistola en mano, surgieron de la espesura, haciéndose cargo del aparato, que se remontó rápidamente en el aire.

—Buena suerte —les deseó el germano.

Luego, seguido de Alem y Nicolae, anduvo rápido por entre los árboles, alcanzando el automóvil.

—Ya estamos seguros —dijo—. El helicóptero será destruido lejos de aquí. Si nos detuviera algún policía, haced uso de las chapas del

F. B. I.

—¿Qué hemos bombardeado? —inquirió Golesco.

—Una fábrica de productos químicos. La operación ha sido fácil, porque nadie concibe audacia semejante. Nuestro jefe es un genio. Ya tendréis ocasión de conocerle. Os dejaré frente a la Casa Blanca. Desde allí, trasladaos a vuestro domicilio.

—Bien. Mañana partiremos a Nueva York por orden del

F. B. I.

¿Con quién hemos de ponernos en contacto?

—Con Sarah Gray, una muchacha deliciosa. Vive en la avenida Myrtle, frente al Parque Washington. Es un edificio de ladrillos. Preguntad al portero. Es hombre de confianza —paró el automóvil—. ¡Ah! Antes que nos separemos os recuerdo, aunque no lo creo necesario, que el delito que acabamos de cometer nos pone a los tres fuera de la ley. Si intentarais jugar sucio, no vacilaría en denunciaros.

—Me molesta esa desconfianza. Tenéis todas las cartas en vuestro poder.

—Ya lo sabemos. No está de más tomar precauciones...

Prerau puso en marcha el vehículo, que se perdió en la noche. Nicolae miró a su compañero:

—Estamos entre gente sin escrúpulos. Les pagaremos de la

misma forma.

Pero sus palabras no obtuvieron respuesta. Alem caminaba despacio hacia su próximo alejamiento...



Caducaron todos nuestros concursos
Busquen las LISTAS DE PREMIADOS en
**Selecciones NEVADA, EXTRAORDINARIA
DEL OESTE y F. B. I.**

V



OS dos individuos se detuvieron con desconfianza. No les gustaba el silencio imperante en el cruce de Broadway con la Park Row. Eran las cuatro de la madrugada y una fina llovizna empapaba el asfalto de la ciudad, haciéndole brillar más a la luz de los focos eléctricos que profusamente iluminaban las calles.

—Demasiada quietud —dijo uno.

—¡Bah! No debemos preocuparnos con exceso. El jefe sabe lo que se hace. Mira: ahí viene el coche.

Un vehículo cruzó ante ellos, apagando repetidamente los faros. Era la señal para actuar.

—¡Adelante! Disponemos de cinco minutos Avanzaron unos pasos con decisión, penetrando por la puerta giratoria a las oficinas de *Post office*[5], donde varios empleados de guardia trabajaban en

sus diferentes cometidos. Nadie prestó atención a los recién llegados, a no ser el hombre que atendía la ventanilla, el cual abrió los ojos con espanto al ver las pistolas.

—Pero... —empezó.

—¡Silencio! Necesitamos la saca de correspondencia urgente preparada para San Francisco. ¡Rápido, si no quiere morir!

En el departamento enmudecieron las máquinas de escribir, y los empleados se miraron con indecisión. Uno insinuó:

—El correo es inviolable.

—Para nosotros no hay nada que lo sea. Contaré hasta cinco. Si no me entregan lo que he pedido, empezaré a tiros. Uno... dos...

De pronto, por la puerta de entrada, surgieron seis hombres con ametralladoras «Thompson» en las manos.

—¡Entregarse! —Intimidaron.

Los «gangsters» se volvieron rápidamente y, arrojándose al suelo, comenzaron a disparar. Uno de los policías cayó con la pierna atravesada de un balazo, pero tuvo ánimos para lanzar una ráfaga mortal contra los indeseables, alcanzándoles de lleno.

—Esto se ha terminado, inspector. Nunca supuse que fueran suicidas.

—El fin hubiese sido el mismo, Krosac. Es seguro que en sus antecedentes figuran delitos capaces de llevarles a la silla eléctrica. Encuentro algo raro. Dispóngalo todo, George.

Mac Pyne, el bravo hombre del

F. B. I.,

estaba sumamente pensativo. En aquello había una cosa que no le gustaba. Se volvió a los empleados, diciéndoles:

—¿Me permiten ver esa valija?

—Sí; tenga. Sólo contiene diez cartas. No comprendo que nadie arriesgase su vida por tan poca cosa. Han sido echadas a partir de las dos y media de la madrugada. Da muy poco trabajo el servicio nocturno de ventanillas.

—Es natural.

Mac tomó las direcciones de los sobres y los remites. Mientras tanto, una ambulancia se llevó al agente herido.

—Trasladen los cadáveres también —ordenó George Krosac—. Allí los verá el juez. No es cuestión de andarse con formulismos. Esperen fuera —luego, volviéndose a su superior, preguntó—:

¿Tiene interés en permanecer aquí?

—No. Vayamos a la Jefatura.

Durante el recorrido, el inspector no pronunció una sola palabra, absorto en sus meditaciones. Recordó cómo, horas antes, Alem Costin le llamó a su domicilio particular, avisándole del asalto que se proyectaba.

Ya en el despacho, Pyne se dirigió a Krosac, y dándole la lista tomada en *Post Office*, le indicó:

—Me interesa una rápida información sobre estas personas. Anote: nacionalidad, antecedentes familiares, situación política y económica y, a ser posible, lazos que les unen con los comunicantes.

—Bien: ¿puedo servirle en más?

—No, George; gracias.

Ya solo, el inspector del

F. B. I.,

hundió el rostro entre las manos. Todo había sido demasiado fácil. ¿Acaso...?

Mientras tanto, en casa de Sarah Gray tenía lugar una interesante conversación entre la muchacha, Dinudin Beldiman y Alem Costin. La estancia carecía de alfombra. Sin duda, la quitaron por estar manchada de la sangre de Michael Carstairs.

—Celebro su decisión muy de veras. No conviene eliminar a su compañero. Al contrario. Hermánese aún más con él. Nosotros nos preocuparemos de proporcionarle datos sin importancia y pistas falsas. Para desvirtuar sospechas del

F. B. I.,

le daremos ocasiones de lucimiento, como a usted esta noche en el asalto a *Post Office*. Son muchos los que estorban en organizaciones tan amplias como la nuestra. Les eliminaremos, y de ello se encargará la Policía. Le felicito. Es bueno su plan de aprovechar en nuestro favor las enseñanzas de Quantico. Sólo una cosa me preocupa. ¿De qué forma conocieron sus proyectos? Tal vez la secretaria del senador... Encargaremos a su amigo que intime con ella. Bien podría ser que hubiese dejado algún documento previniendo que le asesináramos.

—Tal vez, Dinudin —medió Sarah—. Pero... ¿por qué ha de hacerlo Nicolae?

—Le pondremos en un grave aprieto. El no ignora que si lo que sospechamos es cierto, esa mujer ha de morir. Si la delata, perecerá por su culpa. Si la salva...

—¿Qué? —inquirió Alem, con ansiedad.

—Tal vez le matemos, y tal vez no. Depende de órdenes superiores.

Se hizo un breve silencio. Sarah Gray llenó de nuevo las copas de «*whisky*», añadiendo al suyo soda y limón. Bebieron en silencio. Costin fue el primero en hablar:

—Verá... Me agradecería no intervenir directamente en lo que pudiera sucederle a Golesco. Nos debemos mucho el uno al otro. Si la vida nos ha separado por tomar cada uno un camino distinto, no deseo ser su verdugo. Creo necias las posturas sentimentales cuando el porvenir es incierto, y los hombres de todas las razas se muestran crueles con el caído. Conviene, a mi juicio, que no tomen represalias en Bucarest. Los agentes del

O. S. S.,

le vigilan, y su muerte sería comunicada a Washington.

—No se preocupe, Alem. Nosotros somos humanitarios, aunque a veces el cumplimiento del deber nos exija la inflexibilidad. Me marchó. Si lo desea, puede quedarse con Sarah. Es una hora maravillosa para fumar una pipa de «Nazi». Lamento no acompañarles. He de informar. Hasta mañana.

—¡Adiós, Dinudin! Celebro contar con su amistad.

El miembro del servicio de espionaje salió de la estancia, dejando solos a los dos jóvenes. Sarah estaba encantadora con un elegante traje de casa. Alem preguntó:

—¿Qué es eso de «Nazi»?

—Opio y «haschich». Son tan enormes las victorias de Alemania, que los últimos productos recibidos de El Cairo venían lujosamente empaquetados con los nombres de «Hitler» y «Nazi». Me agrada hundirme en los paraísos artificiales para olvidar una existencia ingrata.

Respiraban melancolía las palabras de la muchacha, la cual preparó dos pipas de larga caña, rematadas en una pequeña cazoleta, donde introdujo unas pequeñas bolitas de color oscuro[6].

Luego, recostándose voluptuosa en un sillón, la encendió, no sin decir a su compañero:

—Pruébelo. Así gozará de una vida que no le había deparado más que sufrimientos.

Ofreció el fósforo a Alem Costin, que, impresionado por el misterio que entreveía en la mujer, no supo resistirse. Minutos después, su cerebro comenzó a enturbiarse y a perder la noción de la realidad...

Al despertar estaba solo, y la pipa yacía en el suelo. Notó unas punzadas en la nuca, sufriendo náuseas. Dio varios paseos por la estancia, desperezándose, y así le sorprendió Sarah, que, sonriendo, dijo:

—No es muy romántica su figura bostezando, pero es natural. Siga el pasillo, y a la derecha encontrará el cuarto de baño. El agua fría le aliviará. A los no habituados, las primeras dosis provocan sensación de desagrado. Por si lo ignora, le diré que son las tres de la tarde. Hemos dormido muchas horas. Me agradaría que me invitara a comer. Estoy harta del trato con germanos. Nuestra psicología es distinta. Usted es una excepción.

—Perdón, pero yo no soy alemán. Nací en Bucarest.

—Me equivoqué entonces. Nicolae por el contrario, es adusto, poco tratable.

—Tiene más años que yo y su carácter es serio. No obstante posee un corazón de oro.

—Usted le quiere, ¿verdad?

Alem Costin dudó unos segundos para responder:

—Sí y lamento que las circunstancias nos hayan enfrentado. En fin, no hablemos de cosas desagradables. Voy a darme una ducha y luego comeremos en cualquier restaurante.

Como Sarah indicara, el agua le devolvió su extraordinario dinamismo. El joven no era corpulento, aunque poseía una fuerza poco común.

Ya en la calle, la muchacha rogó:

—Me agradaría pasear por Central Park. Espere. Se me ocurre una idea. Compremos varios «sándwiches» y comámonoslos junto al lago. ¿Qué le parece? Nos llevaremos mi automóvil.

—Estupendo.

En un moderno «Nash» siguieron por la Avenida de Myrtle para llegar a la de Broadway, en Brooklyn, que les condujo al puente Williamsburg. En la avenida Columbia, ya en Manhattan,

adquirieron unos bocadillos y dos botellines de naranja, reanudando la marcha en dirección al hermoso parque neoyorquino, maravilloso en bellezas naturales y donde se hallan los jardines zoológico y botánico, a más de campos para todos los deportes, especialmente tenis y «*baseball*».

Dando un rodeo penetraron por la puerta de la Octava Avenida donde existe un monumento, a España: el dedicado a Cristóbal Colón, y desde allí, aún en el automóvil, utilizando los caminos para carruajes, se adentraron entre árboles y maleza, deteniéndose junto a un lago en el que los cisnes paseaban su ridícula figura.

Sentados en un rústico banco, formado con troncos, se miraron, sonriendo.

—Parecemos una pareja de novios —sugirió Alem—. ¡Y pensar que nos seguimos tratando ceremoniosamente de usted!

—Es fácil de remediar. Toma un «sándwich».

La joven, sin apenas maquillaje, estaba deliciosa en su sencillez. El rumano no pudo evitar decirle:

—¿Por qué sigues un camino que sólo puede conducirte a la muerte o al presidio? Mi caso es distinto. Soy un hombre que ha conocido lo peor y ambiciona el bienestar a cualquier precio. Tú eres bonita y apenas una chiquilla. ¿Crees que no sería fácil rectificar?

—Lo ignoro, Alem. Mi padre...

—No sigas. Conozco la historia. Me la refirió Beldiman. Ellos se aprovechan de tus sentimientos de venganza. Tal vez haga mal en hablarte así y me cueste un disgusto si me denuncias, pero te he tomado estimación. Me recuerdas a mi hermana. Tendrá aproximadamente tus años.

Sarah Gray, que llevaba mucho tiempo sin oír una sincera frase de afecto, contestó:

—Estate tranquilo. No les diré nada.

—He intervenido en demasiados delitos para retroceder. Si te hubiese conocido antes...

La frase incompleta denotaba melancolía, pesar, Desde la muerte del senador Michael Carstairs, le obsesionaban las palabras dichas por aquel hombre de noble continente. «Señorita, piense bien las cosas antes de hacerlas». ¡Y ella tuvo valor para seguir en el piano mientras Dinudin Beldiman le asesinaba!

—¿Qué te ocurre? Te has quedado muy pálida. No quise entristecerte.

Un individuo pasó muy cerca de los dos jóvenes, en apariencia distraído.

—Es la segunda vez que le veo, Alem. Parece que nos sigue.

—No te preocupes. Será un curioso.

Pero aunque intentaba aparentar tranquilidad, estaba inquieto. Durante el recorrido por Central Park tuvo varias veces la impresión de que alguien les vigilaba.

Comieron en silencio. Sarah echaba migas de pan a los pececillos que acudían en bandadas. Descubría su espíritu infantil por encima de la forzada actitud adoptada ante los miembros del «Abwher». Suspiró, bebiendo un trago de naranjada.

—Mi padre acostumbraba traerme aquí de niña. Me quería con toda su alma.

—¿No pudiste descubrir quiénes le llevaron a la «silla»?

—No, aunque lo intenté muy de veras.

Hubo una nueva pausa, que rompió bruscamente Alem con una pregunta:

—¿Es Dinudin el jefe de todo esto? No creo que desconfíes de mí.

—No. Hay detrás un tal Strousberg a quien jamás he visto. Debe ser muy cruel porque Beldiman le teme. Ha llamado dos veces a casa para dejar algún recado.

Calló creyendo haber dicho demasiadas cosas. Costin, comprendiendo los pensamientos de la muchacha, se apresuró a aclarar:

—No temas de mí. ¿Paseamos?

—Sí. La tarde ha mejorado. Anoche hacía un tiempo infernal.

Caminaron por senderos abiertos entre la vegetación. Por dos veces Alem volvió la cabeza. Al fin, en un recodo, se escondió detrás de unos altos matojos, diciendo a Sarah:

—¡No grites, veas lo que veas!

Minutos después, el mismo hombre que no les perdió de vista un momento desde que entraron en el parque, se detuvo a pocos metros, indeciso.

—Aquí me tiene amigo. ¿Quiere decirme qué desea?

—Nada —fue la seca respuesta.

El rumano, cogiendo al sorprendido individuo por las solapas de la americana, le amenazó:

—Vas a «cantar» clarito quién te ha dicho que me persigas o lo pasarás mal.

La reacción del amenazado pudo costar cara a Alem. El sujeto, alzó el brazo derecho propinando al traidor agente del

F. B. I.,

un fuerte golpe en la mandíbula. Costin reaccionó lanzándose en tromba contra su perseguidor y provocando un mortal cuerpo a cuerpo. Cayeron al suelo.

Se cambiaron numerosos puñetazos. Alem consiguió apresar entre sus manos la garganta de su enemigo, apretando con furia salvaje, enloquecido por la ira.

—¿Por cuenta de quién trabajas?

Sintió que los pies del hombre se enroscaban en su garganta, derribándole. Cuando se puso en pie le amenazaban con una «German Luger».

—Vas a venir conmigo. Te llevaré a la Prefectura de Policía por atentado contra la autoridad. Soy del

F. B. I.

Le mostró una chapa. Alem, sonriendo, respondió, mientras exhibía su carnet:

—Te equivocaste, amigo. Pertenece a idéntica organización. Soy del último curso.

—¿Y la muchacha que te acompañaba? Es a ella a quien busco. He de llevármela detenida.

—Aquí estoy —se presentó Sarah, sin el menor síntoma de temor. ¿Qué es lo que quieren de mí?

—El inspector te lo dirá. Me limito a cumplir órdenes.

—No te preocupes, yo iré contigo.

—No. Vendrá sola. Si lo deseas te permitiré que nos acompañes hasta la puerta. No tendré que repetirte que la mayor virtud de un agente es la obediencia.

George Krosac, pues él era, sonrió, acentuándose en su rostro la cicatriz que había adquirido un tono rojizo.

Media hora después Sarah Gray hallábase frente a Mac Pyne, que la dijo, cariñoso:

—No tema. La llamé para hacerla un favor. Me he enterado de

que intentó enterarse de cuál fue el documento que indujo al Jurado a llevar a la «silla» a su padre. Óigame con atención y sin interrumpirme...

Alem Costin, preocupado por lo que pudiera sucederle a la muchacha, que se había adueñado dulcemente de su corazón, se dirigió en un «taxi» a su domicilio de la avenida Nostrand, donde encontró a Nicolae, escribiendo en la mesa de trabajo. Le saludó fríamente pasando a su habitación donde, sin desvestirse, se echó sobre la cama, evocando la figura adorable de Sarah Gray.

Golesco, dolido por la actitud reservada del que hasta entonces consideró como un hermano, continuó la redacción del informe detallando el atentado contra la fábrica de productos químicos de Washington, sin omitir su participación. La salita donde se hallaba comunicaba directamente con la puerta de entrada. Oyó unos pasos en la escalera y, luego el timbre.

Salíó a abrir. Dos hombres, con las manos en los bolsillos de la americana, le miraron en silencio.

—¿Qué desean? —inquirió Nicolae.

—Traemos un mensaje. No tiene respuesta.

Le entregaron un sobre doblado y con una inclinación de cabeza desaparecieron.

Ya solo, Golesco, se colocó unos finos guantes de goma para no dejar huellas y abrió la misiva que contenía unos renglones:

«Interesa saber si Brenda Arnold, secretaria de Michael Carstairs, vió algún documento destinado al F. B. I.

Es muy importante. Mañana llevará la respuesta a la casa de Sarah. Si es preciso adopte personalidad oficial. Le esperamos en Hamilton».

El mensaje no llevaba firma. Le guardó en un estuche de celofán para enviarlo al laboratorio del «Federal Bureau of Investigaron» a fin de que investigaran sobre huellas, adjuntando también lo que acababa de escribir.

Cogió la gabardina por si anochecido refrescaba y se dispuso a salir. Alem Costin, que salía agitadísimo de la alcoba, se lo impidió:

—Espera. Mira lo que he encontrado en mi bolsillo. Sin duda me

lo metió ese individuo durante la pelea.

—No sé de qué me hablas.

—Lo comprenderás enseguida. Óyeme atento.

Cuando le hubo referido su encuentro con George Krosac, Golesco examinó cuidadosamente lo que su amigo le enseñaba. Era un pañuelo finamente bordado, con un agujero en una de sus esquinas y varias manchas oscuras. Llevaba dos iniciales unidas «M-C».

—¡Michael Carstairs! —comentó Nicolae en alta voz—. Es indudable. El inspector nos ordena que investiguemos y nos da algo que puede ser una prueba. Dámelo. Tengo una buena idea.

—¿Cuál? —interrogó Alem.

—Descubrir al asesino. Perdona que te deje. He de hacer mucho todavía...

Bajó rápido las escaleras tomando el «elevado» hasta el puente de Manhattan, que atraviesa el «East River» para penetrar en el Municipio del mismo nombre, apeándose en el lugar de la cita. Con actitud distraída anduvo unos minutos. Un coche negro paró junto a él.

—Sube —le ordenaron desde dentro.

Penetró decidido en el vehículo, que llevaba las cortinillas echadas. En su interior pudo reconocer a Prerau, el hombre de Marsella. No preguntó nada limitándose con extraordinaria sangre fría a encender un cigarrillo. En uno de sus bolsillos llevaba algo que equivalía a una sentencia de muerte: el informe al

F. B. I.

Dos individuos estaban junto a él.

A través del cristal del conductor reparó que rodaban por la avenida Rivington. Pararon en un hotelito, esquina a Coerok, muy próximo al puente de Williamsburg. Fue entonces cuando Nicolae reparó en el gran rodeo que habían dado para llegar allí. Nadie se movió de los asientos. El motor del automóvil continuaba en marcha.

De una de las casas contiguas salió una señorita. Prerau, ordenó:

—Vosotros intentaréis capturarla y Nicolae lo evitará. Procurad que no haya tiros. Luego subís en el coche y huiremos. Lo demás depende de usted, Golesco.

Se apearon y la operación se realizó felizmente. Los dos hombres

se acercaron a la joven, cogiéndola cada uno de un brazo:

—Síguenos o le pesará —amenazó uno.

—Quieta. La mataremos si se mueve.

Brenda Arnold quiso resistirse:

—Pero...

Apenas pudo continuar. De pronto algo cayó como un bólide sobre los que la sujetaban y Nicolae golpeó fuertemente a los raptos, los que luego de una breve resistencia, y temiendo al público que comenzaba a agruparse, montaron en un automóvil que emprendió una rápida marcha, perdiéndose de vista.

—No se asuste, señorita. Soy del F. B. I, y tengo de mis jefes el encargo de protegerla. Acompañeme. Me agradecería que escuchara una historia interesante de labios de mi superior. Golesco mostró su carnet de identidad y la muchacha, confiada, le siguió.

Por el camino, Nicolae la fue poniendo en antecedentes:

—Quieren asesinarla como a su jefe. Creen que usted entregó un mensaje denunciando la identidad de una red de espionaje. Lo más prudente es que huya de Nueva York. Nosotros la protegeremos mientras tanto...

Mac Pyne corroboró las palabras del agente, el cual al ir a llevarse la mano al bolsillo de la americana para entregar el informe reparó que se lo habían arrebatado. Se lo repitió de viva voz al inspector, diciéndole:

—Me temo que Alem me haya traicionado. Si es así mi vida corre un gran peligro. Lucharé contra ellos a pecho descubierto.

—No. Hará lo que le mande. Será mejor para todos. Tiene que ir esta noche a la casa de Sarah Gray. La puerta de servicio tendrá descorrido el cerrojo.

—Alguien le aguarda. Necesitamos unas pruebas para comenzar las detenciones. Confío en usted, Nicolae.

—Puede hacerlo, señor.

—No se preocupe por esta señorita. Irá a vivir a mi propia casa.

Cuando Golesco salió a la calle comenzaba a oscurecer. Pensó en su patria lejana y en su buen padre y no pudo evitar que la angustia desbordase su corazón. ¿Volvería a Rumanía alguna vez?



**¿LA MEJOR COLECCION SOBRE EL OESTE
AMERICANO?**

¡LA «EXTRAORDINARIA DEL OESTE»!

VI



L rayo de luz de la linterna fue iluminando el libro, en el despacho en tinieblas. Se oyó el leve roce producido por el pasar de las hojas y un lapicero estilográfico luminoso comenzó a escribir letra tras letra en un cuadernillo cuadriculado. Se percibía claramente la respiración emocionada del hombre. Al fin, luego de diez minutos de trabajo, el desconocido se levantó de la mesa y cogiendo el volumen, encuadernado en rústica, leyó el título. Se trataba de un compendio de mineralogía popular. Escuchóse una sonrisa ahogada y después cruzó la estancia, dirigiéndose a la chimenea dónde; ayudándose de un lujoso encendedor, prendió fuego al libro amontonando en torno a él varias astillas. Al reflejo de las llamas se iluminó tenuemente la habitación, para luego quedar de nuevo en la penumbra.

El individuo se acercó al teléfono, marcando un número:

—¿Sarah? Necesito ver a Dinudin.

Colgó sin aguardar la respuesta, sentándose de nuevo. Encendió un cigarro. Sus facciones se agigantaron en las sombras producidas por la llama, alargándose fantásticamente. Durante varios minutos la pequeña brasa, que a veces descansaba en un cenicero, ascendió hasta la boca del fumador.

Transcurrió el tiempo. Por dos veces el sujeto consultó su cronómetro, de esfera luminosa, chasqueando la lengua con impaciencia.

Al oír una levísima llamada en la puerta de madera, sacó una automática del bolsillo derecho de la americana, colocándola al alcance de su mano.

Se repitieron los golpes. Esta vez con pequeños intervalos y el individuo se levantó a descorrer el cerrojo, franqueando la entrada. Preguntó:

—¿Beldiman?

—El mismo, jefe. Tardé en venir porque temí que me siguieran.

—Siéntate frente a mí. He recibido órdenes.

Hubo un impresionante silencio. Dinudin se movió intranquilo en la silla, que crujió un poco.

—No te impacientes —oyó que le decían— y no temas mientras sigas obedeciendo lo que te mando. Desde Alemania me han comunicado tu ascenso. Dentro de poco abandonaremos el país.

—Gracias, Strousberg. Supongo que se lo debo a usted.

—No. Informé de tu lealtad. Eso es todo. Escucha ahora. En el Ministerio de Agricultura, y sin concederle una gran importancia, acaban de terminar el estudio de un arma neumática para la siembra. En el Departamento de Defensa nadie ha reparado en otra utilidad que en la pacífica. Sugerí algo al almirante Canaris[7] y he recibido instrucciones concretas. Hay que apoderarse de esos planos. No será difícil, porque no se considera secreto militar. Después, en los talleres del Campo de Deportes, construiréis cinco cañones iguales al proyecto. Otros tantos hombres se las ingeniarán, poniendo en juego el dinero necesario para alquilar pisos con azotea, en Manhattan, trasladando allí las distintas piezas a punto de montadas. Que adopten la personalidad de técnicos en televisión. Será nuestro último trabajo en América.

Kurt Strousberg calló unos segundos, para continuar después:

—Los Estados Unidos están a punto de declararnos la guerra. El mismo día en que lo hagan, en lugar de simientes, el arma por ellos inventada arrojará a muchos metros de distancia, sobre la ciudad, cápsulas conteniendo los gérmenes del tifus y del cólera. En el laboratorio trabajan activamente en la reproducción del bacilo «vírgula». Sembraremos el espanto en la ciudad, huyendo por la noche a Alemania.

—¡Será algo magnífico!

Vibraba de excitación la voz del jefe del «Abwher» en América. Dinudin, inquirió:

—¿Plazo?

—Tres semanas. Promete a los inmigrados pasaportes de permanencia en el país. Cuando nos hayamos ido no importará que nos delaten, es decir, casi será conveniente porque nos buscarán inútilmente mientras otros de quienes nadie sospecha, realizarán una nueva labor.

—De acuerdo, jefe. ¿Alguna orden más?

La voz de Kurt Strousberg adoptó un tono íntimo, cariñoso:

—Sí, Dinudin. Ya sé que se encuentra molesto conmigo porque mantengo el misterio de mi personalidad aun delante de usted.

—Confío en su lealtad pero, caso de ser apresado, hay torturas y drogas capaces de quebrantar la voluntad más fuerte.

—Conmigo fracasarían, señor.

—Es posible. De todos modos nada puede decir si lo ignora. Goza de toda mi confianza, Beldiman y así lo comuniqué al Cuartel General. La consigna es siempre la misma: Mantenga el misterio. Dentro de poco, en el hidroavión que nos traslade a nuestra querida patria, tendremos ocasión de estrecharnos la mano. Se quedará sorprendido al reconocermé.

—Gracias, jefe. Me agradecería que me permitiera hacerle una pregunta.

—Diga.

—Su voz es demasiado metálica para ser la normalmente emitida por su garganta. ¿Puedo creer que no es la suya?

—Tal vez. Celebro que sea tan perspicaz. He de marcharme.

Dos manos se buscaron en la oscuridad, estrechándose.

—A sus órdenes, señor.

—Buena suerte.

El subjefe del «Abwher» en los Estados Unidos abandonó la estancia formulándose íntimamente una pregunta: ¿Cuál sería la identidad de su superior? Bajó las escaleras de la casa situada en la esquina de la calle Court con Sigourne, entreteniéndose, a propio intento, a encender un cigarrillo. Con disimulo volvió la cabeza aplicando el oído. Sentía una inmensa curiosidad por conocer al que le daba órdenes tan concretas.

Fracasó. Por la escalera de incendios del edificio de dos plantas descendía el hombre a quien aguardaba, el cual, subiendo a un pequeño automóvil, enfiló en dirección a Manhattan.

Beldiman miró su cronómetro. Eran las doce de la noche. Por un momento pensó regresar junto a Sarah Gray, más decidió ir primero a los talleres para hablar con los inmigrados ilegalmente desde Puerto Rico. Eran hombre que no le delatarían porque confiaban en él para que les obtuviese el permiso necesario a fin de no ser expulsados de Nueva York.

Paseó, ordenando sus ideas. Detuvo a un «taxi» que le condujo hasta las inmediaciones del domicilio de la muchacha, punto de reunión para muchos de ellos y donde él tenía siempre reservada una habitación, y desde allí tomó el «elevado» que le condujo a Eastern Parkway, el ancho paseo de Brooklyn que desemboca en la avenida Flatbush.

Ante el Parque Prospect se detuvo, mirando a su alrededor. Tras de comprobar que nadie le vigilaba penetró en el verde lugar caminando entre árboles y flores, bajo la luz de una luna en menguante. ¿Por qué tomaba tales precauciones? Dinudin no pudo contestarse a la pregunta que se formuló. Estaba llegando al fin de la misión y quería salir vivo de América para gozar del triunfo conseguido y de su nuevo ascenso en su brillante carrera militar. Salió del Parque y, atravesando una calle abierta entre éste y el Campo de Deportes y por donde pasaba el «Elevanted Railroads», cruzó entre las columnas de hierro que lo sustentan y que, a veces, tienen una altura hasta de veinte metros.

Al fin, abriendo una puerta de hierro, con una llave que sacó del bolsillo del chaleco, entró en el recinto, en uno de cuyos extremos se alzaba un barracón donde oficialmente había un taller metalúrgico, en el que, por existir una sección especializada, se reparaban toda clase de artículos deportivos, desde las raquetas de

tenis hasta los aretes de hierro del baloncesto.

Mientras se acercaba al edificio, Beldiman sonrió. Aquella concesión fue la última obtenida por la influencia del senador Michael Carstairs.

Un agente especial se encargó de solicitar ayuda para un grupo de metalúrgicos y carpinteros sin trabajo que habían conseguido reunir un capital. La explicación no pudo ser más lógica. La nave desierta se destinó en tiempos a almacén de los útiles del deporte y no se usaba por haberse construido un edificio de ladrillo, instalando un bar y unos pequeños armarios en los que, bajo llave, cada jugador depositaba, junto con su ropa, cuánto deseara. Por hallarse situada en uno de los rincones del campo no se pensó en derribarla. Carstairs lo resolvió todo en bien de los hombres que odiaba por traidores a su patria y por ser una constante amenaza para su propia seguridad.

Aparentemente ningún ruido turbaba el silencio de la noche. A lo largo de un año que llevaban allí instalados, el «Abwher» se ocupó de preparar unos talleres subterráneos llevando a ellos máquinas modernísimas para toda clase de trabajos. Durante el día, el turno de obreros que inspiraba menos confianza se ocupaba de la labor oficial, y por la noche, un grupo de portorriqueños entrados clandestinamente en New York, al mando de varios ingenieros alemanes, construían toda clase de mortíferos instrumentos, merced al laboratorio de la nave contigua, que era donde Dinudin Beldiman celebraba las reuniones, dando las órdenes oportunas.

Ayudándose de su linterna, el espía cruzó entre dos tornos y haciendo girar una tuerca empotrada en el suelo, camuflada bajo el pie de una fresadora, descubrió una entrada secreta en el suelo, llegando muy levemente a sus oídos el sordo mosconeo de los motores. Descendió por una escalera de madera con pasamanos metálicos, cuidando no tocarlos, pues conducían una corriente eléctrica capaz de matar una persona. Las precauciones tomadas eran extraordinarias.

Contó los escalones y al llegar al número diez encendió de nuevo la linterna. Estaba en un reducido cuarto donde había una puerta de acero, acolchada para ahogar las vibraciones. Hizo sonar un timbre, y, sin ruido, la plancha se corrió lo suficiente para dejar paso a una sola persona.

Una vez dentro, un hombre de rostro enérgico, recortado por un bigote hitleriano se acercó respetuoso. Era el director del modernísimo taller:

—No le esperaba, Dinudin.

—Lo suponía. Recibí instrucciones importantes. ¿Quiere ordenar que paren? Necesito hablarles.

El ingeniero oprimió un pequeño botón y una bombilla roja se encendió en el techo de la fábrica. Segundos más tarde reinaba en ella el más absoluto silencio y los obreros, la mayor parte mulatos, se congregaron en torno a los dos hombres con la inquietud reflejada en sus semblantes:

—Tengo una buena noticia. Dentro de un mes no precisaréis permanecer encerrados para ganar vuestro salario. Me han asegurado en el Departamento de Inmigración que vuestro asunto se resuelve favorablemente. De modo oficial permaneceréis en Puerto Rico.

Conviene extremar las precauciones ahora. Que nadie salga sin una orden. Es por el bien común.

Un hombre de edad madura se adelantó unos pasos y, alargando la mano a Dinudin, dijo:

—Gracias, señor. Créame que Dios le premiará algún día lo que hace por nosotros. Con lo que percibimos hemos conseguido ahorrar un pequeño capital para desenvolvemos.

—Creo cumplir con mi deber.

La hipócrita expresión de Beldiman denotaba nobles sentimientos de compasión hacia unos seres a los que estaba enfangando más y más en un delito del cual, aun sin ser culpables, tal vez tuviesen que responder un día.

—Dé orden de que sigan en lo suyo. Nosotros hemos de charlar sobre distintos aspectos técnicos.

El jefe apretó un nuevo botón y al iluminarse una bombilla azul todos reanudaron la tarea. Dinudin pasó con el ingeniero a un cuarto inmediato, en uno de cuyos rincones un hombre trabajaba sobre los tubos de ensayo.

—Sal un momento, Hermann. Ahora te llamaremos.

El aludido, de unos veintiocho años de edad y rostro inteligente, respondió con una inclinación de cabeza.

—¿Quién es? —inquirió Dinudin.

—Un buen químico que llevaba un año a nuestro servicio en San Juan. El alto mando le trasladó aquí hace unos días por enfermedad de Robin.

—No me agradan tales sustituciones sin que me sean comunicadas.

Beldiman volvía a ser el jefe, despótico, con una gran autoridad sobre sus subordinados.

—La orden la trajo en propia mano y venía en regla.

—Bien, no se hable más de este asunto. Ahora, escúcheme atento. Ha de disponer que uno de sus mejores agentes consiga...

A las tres de la madrugada, Dinudin Beldiman, al ir a penetrar en la casa de la avenida Myrtle, frente al parque Washington encontró a Nicolae Golesco abriendo el ancho portalón.

—¿Qué es lo que quieres? —interrogó bruscamente.

—Fumar una pipa de «nazi» con Sarah. Sé que está despierta porque he hablado con ella por teléfono —mintió serenamente el rumano.

—Entonces, sube conmigo. Yo deseo hacer lo mismo. Tuve una noche muy fatigosa.

Conforme ascendían por la ancha escalera, Nicolae apretó nervioso la culata de su revólver. Había mentido a Dinudin. Era posible que al preguntar a Sarah surgiera una situación difícil.

La muchacha, sentada al piano, interpretaba una de las composiciones más populares en aquel tiempo. Se levantó a saludarles:

—Hola, Beldiman. Ya no te esperaba. Sentarse y beber algo. El sueño ha huido de mí esta noche.

—Será por la llamada de Golesco. ¿Es cierto que te avisó que venía?

Sarah Gray vaciló unos segundos. Después miró fijamente a Nicolae, que no desvió sus ojos de los de la mujer, al tiempo que su mano derecha estaba presta para empuñar el arma.

—Sí, desde luego. Casi lo olvidé.

—Supongo que tendrás preparado el opio —indicó el rumano— aunque preferiría tomar antes una copa de «*whisky*».

La joven, en silencio, le sirvió mientras Dinudin pasaba a una de las habitaciones interiores para ponerse cómodo. Sarah,

tamborileando en la copa, atrajo la atención de Golesco.

El hombre escuchó, sin lograr disimular su asombro. El mensaje, transmitido en morse constaba de una sola palabra: «Espera».

Inclinó la cabeza, asintiendo. Pensó en lo que le dijera Mac Pyne en el sentido de que alguien le facilitaría las pruebas necesarias para comenzar las detenciones. ¿Sería la muchacha?

Decidió no confiarse de aquella mujer, de atrayente hermosura, y, adoptando una actitud de indiferencia, encendió un cigarrillo turco. ¿Veríase obligado a fumar opio? Su fortaleza física y moral se resistía a los estupefacientes.

Entró Beldiman, con una bata marrón y zapatillas. En ese momento sonaba el timbre del teléfono. Ella, tras de consultar con la mirada a su jefe; descolgó el auricular:

—¿Diga? —Volviéndose a Dinudin, agregó—. Es para usted.

El germano tomó el aparato, y aunque Golesco escuchaba con atención no logró enterarse de la identidad del comunicante, pues las frases de Beldiman se redujeron a:

—Sí... Bien... Sí... Sí... Esté tranquilo... Si... Sí... Adiós.

Colgó, bebiendo de un solo trago una buena cantidad de «whisky». Sarah, inquirió:

—No volverás a salir, ¿verdad?

—No. Me quedo, dispuesto a pasar un buen rato en tan «agradable» compañía. Por cierto que aprovecharemos para que Nicolae me informe si ha tenido éxito su gestión cerca de Brenda Arnold, la secretaria del senador.

Al parecer no entregó ningún papel al
F. B. I.

Se limitaba a recibir recados en el despacho y a contestar parte de la correspondencia.

—Es una chica muy inteligente.

—«Eral». Me comunican que acaban de suprimirla. La vieron salir de la oficina del Federal Bureau of Investigation acompañada de uno de sus inspectores. Es lógico después de que habló usted con ella.

Goloseo se puso en guardia, palideciendo. Aunque jamás conoció el miedo, le intimidaba la siniestra personalidad de Beldiman.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada, no se alarme. Entiendo lógico que hiciera depositario de su confianza a un alto jefe.

—Si... tal vez.

Nicolae sentía una gran angustia en su alma. Brenda Arnold murió víctima de la criminal organización que él intentaba destruir. Sugirió:

—Me han dicho que mañana pase al

F. B. I.,

a recibir órdenes. Como un agente que soy me encargarán algún cometido. No podré evadirme de cumplirlo.

—Desde luego, más no olvide decirnos de qué se trata. Es muy importante —Dinudin hizo una brusca transición—. En fin, no hablemos más de cosas desagradables. Me agradaría olvidarme de todo, Sarah.

La joven salió volviendo a poco con tres pipas, cargadas ya, que ofreció a los dos hombres.

Reclinados en los divanes se dispusieron a embriagarse. Nicolae, sabiéndose observado, no tuvo más remedio que aspirar el humo varias veces. Sorprendido al encontrar un fuerte sabor a tabaco y cáñamo, notando que su cabeza continuaba despejada. Miró a Beldiman y le vió vigilándole, aunque con los párpados medio entornados. Sarah tenía la misma actitud.

Fumó más, y fingiendo aturdirse, cerró los ojos. Ahora ya no le cabía duda de la lealtad de la muchachil Recordó las enseñanzas de la Academia de Quantico sobre drogas. La pipa suya no contenía ni un centigramo de opio.

Esperó con los nervios en tensión, resistiendo el deseo de mirar al germano.

Transcurrieron lentos los minutos y al fin una mano suave le rozó la mejilla... Sarah le hacía señas para que saliera de la habitación.

Muy despacio se incorporó, siguiendo a la muchacha. Dinudin estaba completamente dormido.

—No tema —oyó a su lado—. He puesto una triple dosis. Tardará varias horas en despertar.

Tenga esta carpeta. Son importantes documentos. Mac Pyne le aguarda en el laboratorio para sacar fotocopias. Dese prisa. Si descubriera su desaparición nos mataría. En la avenida le espera un

motorista de paisano. Salga por detrás. Lo estropeó todo presentándose con ese canalla.

Nicolae fue a explicarle la coincidencia, pero ella le atajó:

—Ya le oiré otro día. No pierda tiempo.

Nicolae salió veloz y Sarah se tendió cerca de Dinudin. Su previsión al combinar el cáñamo con el tabaco únicamente, le permitió desarrollar su audaz plan. Con los ojos cerrados recordó la lectura que hizo de uno de los papeles que se llevaba el rumano. Era una carta firmada por un tal Strousberg. Su contenido se le había grabado en el cerebro: «Enhorabuena. El asunto salió magnífico. Ernest Gray sufrirá las consecuencias. Procura atraerte a su hija».

¡«Sufrirá las consecuencias»! Su padre era inocente. ¿Por qué habrían decretado su muerte? Aún recordaba la desesperación del único ser al que amaba, negando su culpabilidad. Fue inútil. Dos empleados del Departamento de Defensa y un jefe juraron presenciar el asesinato de un alto funcionario. ¡Mentían! Así se lo aseguró el inspector. En el informe póstumo de Michael Carstairs figuraban esos nombres como de seres vendidos al espionaje alemán. Su detención sería hecha en el momento oportuno Pyne le prometió rehabilitar el apellido de los Gray. No por ello su padre volverla a la vida.

Se levantó nerviosa, huyendo de sí misma. Con mano trémula sacó un revólver del cajón del pequeño secreter del fondo y, amartillándolo, apuntó a Dinudin Beldiman, cuya vida, por un momento, corrió un grave peligro. No, no era prudente exterminarle ahora. Necesitaba apoderarse de datos para llevarle a la «silla».

Guardó el arma, consultando, nerviosa, su diminuto reloj. Habían pasado cuarenta minutos desde que Nicolae saliera al F. B. I.

Fue a la pequeña caja de caudales del despacho. Nunca supuso que la clave consistiera en colocar los dos discos en las letras de su nombre y apellido:

«S-S.».

Bendijo su previsión de sacar un molde de cera de la llave que, confiadamente, dejara Dinudin una noche sobre la mesilla, luego de embriagarse con una dosis fuerte de narcótico. No pensó entonces traicionarle, sino enterarse a fondo de las ramificaciones de la organización para mejor servirla. ¡Deseaba vengar a su padre!

Oyó un ruido en la escalera de servicio. ¡Nicolae volvía!

—¿Ocurrió algo, Sarah?

—No. Trae. Volveré a dejarlo como si nadie lo hubiese tocado.

La muchacha guardó los documentos, cerrando después la puerta metálica, camuflada dentro de un armario ropero. Luego aconsejó a Golesco:

—Debes fumarte una dosis de opio, para que no tengas que fingir. Beldiman conoce muy bien los síntomas. Yo te imitaré.

Aunque con repugnancia, Nicolae accedió, y minutos más tarde, los dos jóvenes dormían embrutecidos por la droga. Eran las cuatro y media de la madrugada...

A esa misma hora, un individuo, con el rostro cubierto por un pañuelo, seccionaba con un diamante el cristal de la ventana del piso bajo de una de las oficinas auxiliares del Departamento de Agricultura. Para impedir que cayera el vidrio al suelo, con el consiguiente estrépito, había pegado en él previamente un trozo de masilla.

Encaramado sobre el alféizar, empujó la gruesa madera de la contraventana, que se entreabrió. Introdujo un cuchillo por la ranura, levantando el pasador, y saltó a la habitación, permaneciendo acurrucado en uno de los rincones.

Dejó transcurrir unos minutos y se puso en pie. Aquel hombre no era otro sino Terry Jardley, jefe de Negociado del Ministerio.

Anduvo serenamente por los pasillos, hasta llegar a un despacho, que abrió. Allí trabajaba su inmediato superior, y en uno de los cajones de la mesa del despacho hallábanse los planos que él iba a buscar. No ignoraba que la desaparición de esos papeles ocasionaría un gran revuelo; pero, como «el cañón sembrador» carecía de utilidad militar, nadie sospecharía de un acto del servicio extranjero de espionaje.

Estaba utilizando una ganzúa, cuando se oyeron pasos en el exterior. ¿Quién podría ser? El vigilante nocturno no rondaba por los despachos, limitándose a dormir en una de las butacas del «hall». El viejo

O'Mara

contaba demasiados años para meterse en aventuras. Sin duda pasaría de largo.

Arrellanado en el sillón central, aguardó. Sonó un crujido en la puerta, y de pronto, se vió enfocado por una linterna. El silencio fue roto por una voz asombrada:

—¡Señor Jardley!

—Pasa,

O'Mara.

Celebro que vengas. Dejé unos papeles olvidados en el despacho de Brad y no soy capaz de abrir su cajón.

El vigilante, que respetaba a sus superiores, se acercó, con la pistola en su mano derecha. Terry le dijo, para confiarle:

—¿Te extraña verme? Es natural. No he salido de mí oficina. Tengo un complicado asunto en estudio y no sé cómo resolverlo.

Se levantó, acercándose al viejo, que retrocedió unos pasos.

—No temas. ¿Es que no me conoces?

—Pienso, señor Jardley, que ahora estoy empezando a conocerle. Le vi abandonar la casa. ¿Por dónde ha entrado?

—Por ahí detrás, a tu derecha. Es una puerta secreta.

O'Mara

volvió la cabeza y ése fue el último movimiento que realizó en su vida. Terry, jefe de Negociado del Departamento de Agricultura, sacó veloz el cuchillo, asestando al anciano un mortal golpe en el corazón.

—Lo siento. Tú lo has querido —comentó fríamente.

Continuó su tarea, y segundos después, tuvo en sus manos los planos que ambicionaba. Dirigió una mirada inexpresiva al viejo y saltó a la calle, por el mismo lugar que penetrara.

Ya en el exterior, se quitó los guantes que le sirvieron para no dejar huellas, sonriendo cínicamente. El, de origen germano, y algunos compañeros suyos llegaron, hacía varios años, a América, colocándose en organismos oficiales, donde destacaron por su obediencia. Durante mucho tiempo percibieron grandes sueldos del Abwher sin efectuar trabajos. Por eso ahora, ante la proximidad de la guerra, tenían que ser fieles y valerosos. Jardley estaba seguro que él no inspiraba sospechas.

Y así fué. Veinticuatro horas más tarde, Terry presidió la comisión de empleados que fueron a dar el pésame a la esposa de O'Mara,

la viejecilla, que lloraba, sin consuelo, la pérdida de su esposo.

Pronunció un discurso grandilocuente y acompañó al cadáver hasta el cementerio Greenwood, escuchando devoto las oraciones del reverendo Swift.

Ya de regreso a la oficina, entró en el despacho de su jefe inmediato, diciéndole:

—Hay que reconstruir lo robado. Cuente conmigo.

—Gracias, Jardley. Siempre dije que necesitaba rodearme de hombres como usted...

La juventud prefiere las dinámicas novelas de
Selecciones NEVADA
Síntesis de nuestra colección
EXTRAORDINARIA DEL OESTE

VII



L secretario de Defensa miró fijamente a su interlocutor, diciéndole:

—¿Cuándo piensa actuar? La Prensa se desata contra la Policía de la nación. Conocen ustedes la identidad de los principales miembros de la red de espionaje. El asesinato del senador, de su secretaria y del viejo

O'Mara

han desbordado la indignación popular. No podemos seguir así. Hay que hacer algo. John Edgar Hoover, sonriendo levemente, repuso:

—No interesa la gente pagada, sino el que los dirige. Nos falta descubrir el cerebro de la organización. Si comenzáramos las detenciones huiría. Triunfará la Justicia. Confíe en nosotros. En definitiva, somos los especialistas.

—Ya lo sé, Hoover; pero...

—Es posible que dentro de una semana podamos darle una alegría. Se lo prometo. Y ahora, si no tiene nada que indicarme, me marchó. He de dar unas órdenes. Todos ignoran que he llegado de Washington. Le ruego guarde el secreto.

—Así lo hará.

Los dos hombres se estrecharon la mano cordialmente y el director del

F. B. I.,

tomó su automóvil particular, diciéndole al conductor, un veterano agente de la máxima confianza:

—A Brooklyn. A casa de su amigo Mac Pyne.

El vehículo arrancó. Aclarada la incógnita de la intempestiva llamada a Nueva York, Hoover respiró satisfecho. Él había sido el primer sorprendido por el viaje del secretario de Defensa, que se trasladó desde la capital para dirigir la captura de los miembros del Abwher que operaban en los Estados Unidos. En los altos organismos oficiales se conocía la gravedad de la situación, y por ello el Gobierno preocupábase de eliminar posibles peligros. John Edgar Hoover tenía entre sus manos la seguridad de la patria.

Cuando penetró en la casa de Mas Pyne le sorprendió ver unos impactos en la pared del cuarto de recibir. Inmediatamente se hizo la luz en su cerebro. Allí era donde asesinaron a Brenda Arnold, protegida por el inspector, el cual salió a recibirle en pijama, mostrándose sorprendido por la visita.

—A sus órdenes, señor. Perdón la indumentaria. Me disponía a acostarme.

—Podrá hacerlo pronto. Le aseguro que no le molestaré con exceso. Quería saber cómo lleva sus investigaciones. ¿Un cigarrillo?

Sentados cómodamente, Pyne explicó desde el principio las redes tendidas. John Edgar escuchaba en silencio, sin interrumpirle.

—La pobre secretaria de Carstairs murió en presencia de mi mujer, que fue la que abrió la puerta. Aún no me explicó cómo no la mataron también. La ráfaga de ametralladora la respetó. Las últimas noticias de Golesco, hombre fiel y valeroso, son...

Nicolae había salido de un «*night-club*» de la calle Rivington, donde había recibido unas instrucciones concretas de un miembro del

O. S. S.

Satisfecho del resultado de su entrevista, paseó hasta alcanzar la avenida de Columbia. Eran las dos de la madrugada y las calles comenzaban a quedarse desiertas. Los letreros luminosos parpadeaban, como burlándose de los noctámbulos, que apretaban el paso para huir del aire fresco, nuncio del invierno. Llegó al puente de Williamsburg, que, atravesando el East River, une los municipios de Brooklyn y Manhattan, y apenas desembocó en Broadway, cuando un coche, con los faros apagados, a toda velocidad, se acercó a él.

Nunca podría explicarse el rumano qué fue lo que le impulsó a caer de bruces en el suelo, salvándose de una muerte cierta. Una ametralladora vomitó su mortífera carga sobre el mismo lugar que segundos antes ocupara el bravo agente del

F. B. I.

Los escasos transeúntes que deambulaban por la gran arteria huyeron. El ataque fue tan rápido, que Golesco no pudo disparar su arma.

Se levantó, secándose el sudor de las sienes. Tuvo que reconocer que, por un segundo, el espanto había se apoderado de él. Reaccionó al ver que el automóvil atacante se detenía a unos quinientos metros y que se apeaban dos hombres, armados con metralletas. No dudó ya de la identidad de sus agresores. Dinudin Beldiman ordenó su asesinato, y al fallar el primer intento, aquellos miserables iban a buscarle frente a frente. Todo, menos regresar confesando su fracaso.

Golesco apretó los dientes con ira. Se defendería a muerte, pese a la superioridad numérica y de armamento de sus enemigos. Amartillando el revólver, se escondió en el ancho quicio de un portal. Los dos sujetos avanzaban despacio, extrañados de no distinguir a su víctima. Uno de ellos habló:

—Deprisa. Se nos puede echar encima algún coche de la Patrulla Móvil.

Caminaban con menos precauciones, y ello les fue mortal, porque un fogonazo iluminó la noche y uno de los atacantes se desplomó, con un balazo en el pecho. El otro disparó una ráfaga de proyectiles y, sintiendo un choque violento en el hombro, cayó al suelo. Golesco, antes de que consiguiera reaccionar, saltó sobre él,

golpeándole salvajemente en la mandíbula con uno de sus zapatos. El malhechor perdió el sentido.

El rumano cogió la metralleta del muerto, caminando a pie firme hasta donde esperaba el automóvil que quiso eliminarle. Los ocupantes, confundiéndole con uno de sus hombres, no hicieron fuego, y cuando quisieron reaccionar, era tarde. El arma de Nicolae escupió plomo y dos individuos se retorcieron en su asiento, con los ojos muy abiertos por el asombro:

Lejos sonó la sirena de la Policía, y el agente del

F. B. I.,

esperó la llegada del vehículo para informar a un sargento de lo ocurrido, tras de mostrar su identidad.

Después prosiguió a pie su camino hasta el 172 de la avenida. Un hombre le salió al paso, preguntándole:

—

¿F. B. I.?

—

¿O. S. S.?

—inquirió, a su vez, Golesco.

—Sígame, entonces. En la avenida Myrtle nos aguardan los demás.

En el lugar indicado subieron en un coche, en cuyo interior había dos hombres. Uno de ellos se presentó.

—Soy Thomas Romaine. Debemos limitarnos a seguir a los que salgan de la casa esquina Court con Sigourne, no perdiéndoles de vista. Para usted es uno, y para mí, otro. Hemos intervenido una conversación telefónica, en la que una voz metálica indicaba a Sarah Gray que comunicara a Dinudin una cita para las tres y media.

Romaine con un agente y Nicolae con otro se situaron en las dos calles, vigilando la entrada. El rumano sugirió:

—Nos habíamos olvidado de la escalera de incendios. Yo me ocuparé de ella.

Escondidos en los salientes de los altos edificios, esperaron, tensos los nervios. Nadie apareció, y cuando amanecía, malhumorados, hubieron de abandonar la vigilancia.

Nicolae se trasladó en un «taxi» a su habitación de la avenida Nostrand, deseoso de unas horas de descanso. Apenas había abierto

con el llavín, tres hombres le encañonaron con sus pistolas.

—¡Quieto! Si te mueves eres hombre muerto. Golesco reconoció a Prerau y, convencido de que la resistencia equivalía a un suicidio, decidió ganar tiempo:

—¿Qué os pasa? ¿Os habéis vuelto locos?

—No lo creas. Eres muy peligroso para dejarte en libertad.

Le desarmaron, atándole las muñecas con una fina cuerda. Costin presenciaba la escena, impasible al parecer, pero el temblor de la mano que sostenía un cigarrillo denunciaba su nerviosismo.

—¡Hola, Alem! Perdona. No te había visto. ¿Cuántos dólares cobrarás por la traición?

—Ninguno. Soy ajeno a todo esto.

—Lo dudo. Tendrás una mala muerte, como todos los miserables.

Prerau, el hombre de Marsella, dijo, secamente:

—No es hora de reproches. Sabemos que eres un traidor que nos vendes al

F. B. I.

—No sé a qué os referís. ¿No estaréis borrachos?

Uno de los presentes alzó el brazo para abofetearle, pero Prerau se lo impidió:

—No, todavía no. Es muy inteligente y obedecerá. Nos le llevaremos con nosotros. De él dependerá que en cuarenta y ocho horas muera su familiar más querido —cambió el tono de la voz por otro, amistoso en apariencia—: Escuche. Nicolae. Llegaríamos a olvidarnos de usted y de los suyos si fuese comprensivo. Pretendemos únicamente que nos diga qué es lo que el Federal Bureau of Investigation sabe de nosotros —había prescindido del tuteo—. Es bien poco.

—Y luego me asesinarán, ¿no? Antes fracasaron en Broadway. Me llevé por delante a cuatro hombres.

Prerau palideció, reponiéndose enseguida.

—Acuérdese de su padre. Aunque fuese cierto lo que supone, al menos él salvaría la vida.

Nicolae sonrió con desprecio. Días antes le habían comunicado que los miembros del Office of Strategic Service, el bravo

O. S. S.,

en un golpe de audacia increíble, rescataron a Lascar Golesco y a

Elena Costin. Por desconfianza, no le comunicó nada a su amigo, pero en breve los dos queridos familiares hallaríanse junto a ellos.

—¿Por qué no me matáis? —dijo—. Me dan tanto asco los tipos como vosotros, que cualquier cosa es mejor que soportaros. Tú, Alem, morirás en la silla eléctrica y tu hermana tendrá el dolor de tu cobardía.

El muchacho, pálido, no respondió. Prerau ordenó:

—Lleváosle. Al menor movimiento te acribillamos. Te pesará lo que acabas de decirnos.

Salieron los hombres, dejando solo al traidor agente del
F. B. I.

Costin hundió la cabeza, entre las manos con dolor. Él fue quien delató a su amigo, al hombre generoso a quien debía la libertad.

¡Si tuviera opio para embrutecerse! Decidido, se puso la gabardina y, tomando un coche, dio la dirección de Sarah Gray...

VIII



A onda expansiva de un trueno espantoso, que parecía no tener fin, hizo saltar en pedazos todos los cristales de Souta Amboy, junto al río Raritan, en el Estado de Nueva Jersey, destruyendo totalmente las casas más próximas al embarcadero. Una gigantesca nube de polvo cubrió el cielo de la ciudad. Se escuchaban por todas partes los gritos aterrorizados de las gentes, que corrían de un lado a otro sin rumbo fijo. Numerosos automóviles, ocupados por familias enteras, volaban en dirección al campo, alejándose del peligro. A veces, los vehículos cruzaban sobre cuerpos caídos en el arroyo, víctimas de heridas o desvanecimientos, y las ruedas machacaban los huesos de los infelices. Ninguno se paraba, sino que, presos del más espantoso pánico, pisaban más y más el acelerador para huir de aquel infierno.

Junto al Raritan oíanse los gemidos de numerosos hombres aprisionados debajo de los escombros, y a muchos de los cuales faltaban brazos y piernas. El confusionismo era tal, que los servicios de socorro no conseguían abrirse paso entre la multitud empavorecida, que obstaculizaba todos sus esfuerzos.

Y por si ello fuese poco, la noche caía lenta sobre Souta Amboy, en el que no funcionaban los servicios eléctricos.

Las sirenas de las ambulancias y los coches policiales atronaban el espacio pidiendo paso. Hombres y mujeres, que habían perdido a los suyos en el tumulto, gritaban a voces sus nombres, volviendo a los muertos para examinar los rostros.

Al fin se supo la verdad de lo sucedido. Un grupo de barcasas conteniendo explosivos había hecho explosión. ¿Se trataba de un acto de sabotaje?

Miembros de la Oficina Federal de Investigación, llegados en avión, se formulaban la misma pregunta sin acertar a responderla.

Lo cierto era que la ciudad estaba en peligro, pues numerosos proyectiles sin estallar se hallaban tirados en las calles próximas, que fueron acordonadas, en evitación de mortales accidentes.

En Nueva York, donde se había escuchado perfectamente la formidable detonación que llenaba de luto a numerosas familias, John Edgar Hoover dio una orden escueta al inspector Mac Pyne:

—Actúe sin contemplaciones.

Quince minutos después, varios coches, montados por gente decidida, corrían por Eastern Parkway, horadando las tinieblas con los potentes reflectores, mientras que por la avenida Flatbush, numerosos vehículos de Patrulla Móvil comenzaban a maniobrar hábilmente cercando el campo de deportes y el parque Prospect. La batalla iba a comenzar en breve.

Los hombres del

F. B. I.,
portando bombas de mano en cinturones especiales y ametralladoras ligeras, irrumpieron entre los árboles, tomando estratégicas posiciones, mientras dos grupos, al mando del inspector Pyne y del agente Krosac, avanzaban despacio en dirección al barracón de madera, de donde no salía luz ni ruido. El informe del senador Carstairs, el hombre que muerto prestaba tan relevantes servicios a la patria, decía cómo fue sorprendida su buena fe para

finés que luego supo eran criminales. En su presencia, Dinudin Beldiman aludió, distraídamente, a los talleres.

¿Qué era lo que se ocultaba en la amplia nave, aparentemente desierta? Pronto iban a averiguarlo.

Con una ganzúa, uno de los atacantes abrió la puerta de entrada y dos agentes, con reflectores, iluminaron el local, en el que las máquinas parecían fantasmas.

—No se oye nada, inspector. Es posible que Michael se equivocase.

—No lo creo. Hasta ahora, todo resultó como él dijo. Velie aplique el aparato al suelo.

El aludido, que llevaba un estuche de piel colgado con tirantes a la espalda, para que no le restase libertad de acción, dejó al descubierto un modernísimo detector de sonidos, que al instante recogió la vibración de las máquinas subterráneas.

—Escuche, señor. Debajo de nosotros funcionan unos motores.

Con el rostro resplandeciente de júbilo, Mac Pyne escuchó atentamente. Luego, irguiéndose, dijo:

—Alumbrad bien, muchachos. Existe una entrada secreta. Ellos no saben que estamos aquí.

Examinaron cuidadosamente el suelo y las paredes, sin resultado positivo. No querían golpear en evitación de poner sobre aviso a sus enemigos. Hubieron de desistir, confesando su fracaso. Krosac sugirió:

—Alguien saldrá. Será todo cuestión de paciencia. ¿No le parece conveniente, inspector, que avisemos a los de fuera? Estarán impacientes.

—Sí; mande un enlace. Que nadie se mueva de sus puestos y que vigilen bien.

Un hombre salió a cumplimentar lo ordenado y, apagados los reflectores, los agentes del

F. B. I.,

se escondieron en los rincones, guardando una quietud absoluta. Media hora después, su paciencia iba a ser premiada.

George Krosac, que se hallaba junto a una fresadora, escuchó frente a él un ligero roce, y un pálido resplandor le hizo ver la cabeza de un hombre que, confiadamente, se disponía a salir por una compuerta. Esperó unos segundos, y cuando el individuo estuvo

fuera, se echó sobre él, tapándole la boca con una mano, para que no gritase, mientras que con la otra le golpeaba en la mandíbula.

Al ruido de la lucha, Mac. Pyne encendió su linterna, iluminando a los contendientes. Luego, en silencio, ayudó a Krosac, reduciendo al sorprendido sujeto.

A través del orificio, totalmente a oscuras, se escuchaba, muy amortiguado, el sonido de las máquinas.

—¡Cierra! —ordenó el inspector al atemorizado hombre.

Éste obedeció, y entonces, un reflector iluminó el grupo. Los agentes surgían como seres del otro mundo.

—¿Quiénes hay abajo? —preguntó George, oprimiendo con su pistola las costillas del detenido.

—Obreros sin permiso para residir en los Estados Unidos. ¿Con qué autoridad me interrogan?

—Con la del

F. B. I.

Entonces ocurrió algo inaudito. Con suspiro de satisfacción, el individuo se irguió, diciendo:

—Iba a telefonarles. Pertenezco al

O. S. S.,

y en Puerto Rico logré introducirme en la organización. Me llamo Hermann. Les ayudaré a entrar.

—De acuerdo. Piensa que si nos engañas serás el primero en morir.

Ayudándose de las linternas, silenciosamente, descendieron los diez peldaños de la escalera. El miembro del Servicio Secreto oprimió un timbre y la puerta de acero se abrió para dejar paso a un solo hombre. Hermann entró el primero, seguido de Mac Pyne y Krosac. Varios mulatos les miraron con sorpresa, mientras la plancha metálica se cerraba a sus espaldas, no permitiendo el paso a ningún agente.

—¡Traidor! —exclamó George, tirándose al suelo.

—Se equivoca. Hemos de eliminar al ingeniero jefe.

Un proyectil se clavó a pocos milímetros de la cabeza del inspector, que respondió haciendo fuego con la metralleta que portaba. Vieron a un hombre entrar en un cuarto, cerrando tras de sí. El del

O. S. S.

se incorporó y, despreciando el peligro, dijo a los operarios, muchos de los cuales habían esgrimido gruesas barras de acero, dispuestos a defenderse:

—Quietos. No os pongáis neciamente fuera de la ley. Se trata del F. B. I.

Las convincentes palabras, apoyadas por la amenaza de las armas, calmaron a los portorriqueños, en cuyos rostros comenzó a reflejarse el desaliento, temerosos de ser enviados de nuevo a su isla, donde vivían peor que esclavos.

Hermann, que se había adueñado de la situación, ordenó:

—Hay que apoderarse de él. Está en el laboratorio y allí se encuentran los mandos de la entrada. No será difícil derribar la puerta. Haga fuego, procurando no ponerse en la trayectoria de tiro. No se entregará vivo. Es un fanático.

Krosac, apoderándose de la metralleta de su superior, se dirigió al lugar indicado y, desde un costado, disparó una ráfaga en torno a la cerradura. Luego, entregando el arma a Mac Pyne y sin darle oportunidad para que le contuviera, pistola en mano, se lanzó contra la madera, que cedió a su empuje. El caer le salvó la vida, pues el ingeniero jefe de los talleres disparó a la altura del pecho de su enemigo. George oyó silbar las balas sobre su cabeza, y desde el suelo, en postura inverosímil, hizo fuego una sola vez. El germano, alcanzado en pleno pecho, se desplomó, bañado en su propia sangre.

Hermann, temeroso siempre de una violenta reacción de los obreros, movió una palanca, abriendo totalmente la puerta a los agentes que aguardaban fuera, los cuales ya se disponían a volar la plancha metálica.

—Vea, inspector: los planos robados del Departamento de Agricultura. Ya habían comenzado a trabajar en las distintas piezas. ¡Cuidado, no toque eso!

Krosac separó la mano de un tubo de ensayo. Con el semblante demudado inquirió:

—¿Qué es lo que contiene?

—El bacilo «vírgula». Escuchen la historia desde el principio. No corremos peligro ya.

Mientras tanto, a la misma hora en que tenían lugar los sucesos

del campo de deportes, destacamentos de las Patrullas Móviles y del F. B. I.,

asaltaban la casa de Sarah Gray y la que hacía esquina a la calle Sigourne. En la primera, Dinudin Beldiman, disparando su pistola, penetró en su alcoba, oprimiendo un botón situado en el interior del armario. Era un dispositivo para, dejando en libertad determinados productos químicos, incendiar el contenido de la caja fuerte. Luego, sintiendo voces en el corredor, abrió la ventana. Debajo de él había dos agentes uniformados portando ametralladoras «Thompson». Aunque la altura era mucha, saltó a la calle, sobre uno de los policías. El otro, ante el inesperado ataque, quiso hacer uso de su arma, pero un proyectil le atravesó la frente.

Las detonaciones habían puesto sobre aviso a las fuerzas de la ley, que rodeaban la manzana, y, sabiéndose perdido si no obraba rápidamente, cruzó la avenida Myrtle, penetrando en el parque Washington, sintiendo muy cerca de él el aullido de las balas. Tan rápidos fueron sus movimientos, que los del

F. B. I.,

apenas si consiguieron divisar su figura.

Varios agentes saltaron los setos, mientras otros corrían a los coches, intentando cortar la fuga de aquel desesperado, que se les iba de entre las manos.

Despreciando el peligro del enemigo oculto, registraron el extenso parque con los reflectores. Amanecido, hubieron de confesar su fracaso.

Sarah Gray, que dormía en el momento del asalto, pidió ver inmediatamente a Mac Pyne, siendo conducida a la Jefatura.

Dinudin Beldiman, escondido en el interior del monumento dedicado a los marinos muertos en la guerra, salió con las máximas precauciones. El sol comenzaba a iluminar las frondosas avenidas. Cojeaba levemente al andar por haberse torcido un tobillo, pero en su rostro se dibujaba una sonrisa satisfecha. Había demostrado ser más inteligente que el

F. B. I.

Necesitaba comunicarse con Kurt. ¿De qué manera conseguirlo? Estaba seguro de que la casa donde siempre celebraron sus entrevistas habría sido atacada también. Tomó el New York Subway[8] trasladándose a Manhattan. Apeóse en la Quinta

Avenida, la gran arteria comercial, y allí, parando un «taxi», ordenó:

—Al Metropolitan Opera House.

El coche caminó despacio, por el gran número de vehículos que se esforzaban en llegar lo antes posible a sus mutuos puntos de destino, y, al fin, se detuvo frente a la manzana comprendida entre la Broadway, la Séptima Avenida y las calles Treinta y Nueve y Cuarenta. Abonó el importe de la carrera, y, tras de comprobar que nadie le seguía, se confundió con la multitud.

Dando un enorme rodeo de más de media hora tomó un nuevo automóvil, dejándolo en la esquina de la Segunda Avenida, próximo a la catedral católica de San Patricio. Tomó la calle Cincuenta, entrando en una casa de antigua construcción y aspecto señorial. Hizo sonar el llamador de bronce, y un sirviente de librea, tras de observarle por la mirilla, le franqueó la entrada:

—¿Está Prerau? —inquirió.

—Sí; se encuentra en los sótanos interrogando al prisionero.

—Gracias. Vigila bien y no permitas a nadie la entrada.

El portero sonrió siniestramente, mientras sacaba una «*Parabellum*» de la funda sobaquera.

—No se preocupe.

Dinudin descendió por unas escaleras de ladrillo, desembocando en una habitación, de donde partía un corredor, iluminado con bombillas adosadas al techo. Caminó decidido, empujando una puerta. El cuadro que se ofreció a sus ojos le hizo detenerse. Nicolae Golesco estaba atado en una silla, reciamente sujeto por tobillos y muñecas. Iluminábanle unos potentes reflectores y, entre las luces y el detenido, Prerau y Terry Jardley, el asesino de

O'Mara,

el vigilante del Departamento de Agricultura, se ocupaban de que el fiel agente del

F. B. I.,

no pudiera cerrar los ojos.

El hombre de Marsella se volvió, y al ver a Dinudin Beldiman, su rostro expresó alegría.

—Temí que te hubiesen detenido. Han hecho una redada completa. Sólo nosotros tres quedamos en libertad. Jardley saltó al jardín desde su dormitorio. Nos han traicionado.

—¿Quién?

—Eso es lo que tratamos de averiguar desde anoche, sin conseguirlo. Es duro como el hierro.

—¿Y el jefe?

—Supongo que bien. Aguardamos sus órdenes. Aquí no nos capturarán. ¿Quieres activar el interrogatorio? Nosotros estamos fatigados.

Nicolae sonrió con desprecio al ver acercarse a Dinudin, que le preguntó:

—Habla. Tu fin será el mismo, pero te evitarás sufrimientos.

La respuesta burlona le desconcertó:

—Pronto vendrán también por vosotros. Al

F. B. I.,

no se le puede burlar. Buscáis el nombre del que os ha delatado. ¡Qué necios! Vosotros fuisteis los culpables. No deseo deciros más. Matadme de una vez. Si os empeñáis en que declare, perderéis un tiempo precioso y os prenderán.

El sufrimiento del heroico Golesco era indescriptible. Los ojos, enrojecidos, le escocían, y aunque cerrase los párpados, la luz cegadora de las lámparas de gran potencia le horadaba el cerebro. Sus propios enemigos le informaron de los éxitos obtenidos por sus compañeros. Si Hoover lanzó a sus hombres al ataque, era porque conocía la identidad del jefe supremo. Incluyó la cabeza sobre el pecho, para desviarla de los reflectores, pero le abofetearon cruelmente.

Dinudin Beldiman, seguro de que el rumano no saldría vivo de allí, no guardó secretos al hablar:

—Todo está perdido. ¿Qué es lo que se sabe?

—Detuvieron a los del Departamento de Defensa. Temo que a estas horas hayan «cantado».

Por fortuna, no conocen nuestro refugio. Los periódicos no dicen una palabra, pero me acerqué al campo de deportes y vi aquello tomado por la Policía. Ahora sabemos también que apresaron a Sarah Gray. Coincido con su apreciación. El momento es gravísimo. ¿Quién nos habrá delatado? ¿Fuiste tú?

Prerau zarandeo a Nicolae Golesco, que, inconscientemente, enloquecido por el tormento, gritó:

—¡No! ¡Fue un muerto!... ¡Fue un muerto!...

Una luz se abrió en el cerebro de los tres hombres: ¡Michael Carstairs!

—Tenemos que huir —apremió Terry Jardley.

—Es lo mejor —corroboró Prerau.

—No. Antes hay que recibir órdenes. No somos unos cobardes, que se asusten por nada. Os recuerdo que, en ausencia del jefe, aquí mando yo. Si sucumbimos, lo haremos por nuestra patria.

Las palabras firmes de Dinudin Beldiman apaciguaron la excitación creciente de Jardley, el cual no ignoraba que, caso de ser detenido, su fin sería la silla eléctrica. Nicolae, que había recuperado el dominio de sus nervios, les insultó:

—¡Traidores!... ¡Cobardes! Ninguno sois capaces de luchar conmigo frente a frente.

—No podemos ponernos en peligro. Antes nos has dicho que el senador, después de muerto, nos denunció. ¿Dejó algo escrito?

—Sí —replicó Golesco, gozándose en sus palabras—. Un informe detallado de nombres y domicilios. No escaparéis. Os lo aseguro.

—Tú no vivirás lo suficiente para verlo.

Terry Jardley, el traidor jefe de Negociado del Departamento de Agricultura, sacó un revólver. Dinudin se interpuso:

—Tengo una idea mejor. Le asesinará el mejor de sus amigos. Dejémosle ahora No merece la pena perder el tiempo con él...

Dormía tranquilo Alem Costin en su domicilio de la avenida Nostrand, cuando despertó sobresaltado al oír el timbre de la puerta.

Fue a abrir, no sin antes introducir una bala en la recámara de su automática. Su asombro no tuvo límites al reconocer, a través de la mirilla, el rostro asustado de Sarah Gray.

Pasa enseguida. ¿Qué es lo que te sucede?

Ella, sentándose en uno de los divanes, con expresión abatida, dijo:

—El

F. B. I.,

ha hecho una redada completa. Sólo Dinudin y yo logramos escapar. Necesito que me protejas.

Alem, sintiendo que en su alma se adueñaba la ternura, acarició las manos de la joven.

—No te preocupes. Contra mí no procederán. Mi coartada es magnífica. Carecen de pruebas.

—Dame un cigarrillo.

Costin le ofreció su pitillera, sirviéndola un vaso de «*whisky*».

—Te reanimará.

Sarah bebió maquinalmente, pero de su cara no se disipó la preocupación. Al fin empezó:

—Nicolae...

—¿Qué es lo que le ocurre? Vi cómo se lo llevaban y no tuve ánimos para impedirlo.

—Le matarán al saberse perdidos, y yo le quiero con toda mi alma.

La confesión de la muchacha, que había escondido su semblante entre las manos, resonó en el cerebro de Alem como un mazazo. Estaba enamorado de ella. Balbució:

—Ignoraba tus sentimientos. Torpe de mí. Hubo un momento que pensé...

Ella alzó los ojos, sorprendida, de la tristeza de su compañero, comprendiéndolo todo. Explicó, cambiando así el giro de la conversación:

—Escucha. Dentro de poco me detendrán. Quiero que sepas algo. Tu muerte está decretada por Beldiman. Te rogué que comiéramos juntos, para vigilarte. A Nicolae le saben un enemigo; a ti, un traidor, y te temen más. Mis informes fueron favorables y por eso conservas la vida. Sin embargo, vendrán por ti para eliminarte. Te he tomado estimación. Sé que tu moral, como la mía, la han destruido los hombres y las guerras. Confío en que te librarás de miserias, regenerándote.

—¿Y eres tú la que me hablas así?

—¿Por qué no? Es el mejor momento para hacerte digno de lo que juraste en Virginia. Yo puedo llevarte junto a Nicolae. Encontraremos allí a los hombres que se han librado de la Policía. Sálvale y captura o mata a los espías. Son unos miserables.

La voz de Sarah temblaba de indignación. Alem, asombrado, iba a replicar, cuando la muchacha susurró:

—¡Silencio!

Se oían unos pasos en el entarimado de madera del pasillo. Llamaron con los nudillos a la puerta. Costin quiso incorporarse

para abrir, pero ella se lo impidió con el gesto. Y así, en silencio, escucharon unos nuevos golpes. El corazón de los muchachos palpitaba aceleradamente. Alem empuñaba la pistola, dispuesto a la acción.

Transcurrieron los segundos. Una hoja de «block» se deslizó al interior. Sin duda era un mensaje.

Aguardaron hasta sentirle alejarse. Sarah corrió a la ventana, distinguiendo a un individuo que se metía en un «taxi».

—Es Prerau. ¿Cómo se atreverá a andar por la calle? —Se volvió, diciendo a Costin, que estaba leyendo la nota—: ¿Qué dice?

—«Un hombre te espera en la esquina de la avenida Columbia. Es muy importante». Sin firma —comentó Alem.

—No vayas. Es una trampa. Haz lo que te he dicho.

Costin reflexionó unos minutos.

—Mucho te quieres. No te importa que exponga mi vida por salvar la suya. Había cifrado ilusiones con respecto a ti. Llegué a imaginar que me amabas. Ahora veo que no te importa mi seguridad. Sólo deseas que le libre de la muerte. ¡No lo haré! Si no has de ser para mí, tampoco para él. ¡Estoy cansado de renunciar a todo!

La expresión rencorosa del rostro del rumano estremeció a la muchacha, la cual, sin acobardarse, le dijo:

—Celebro que te muestres tan miserable como siempre te creí. Iré yo sola que me asesinen a su lado. Mi sangre y la suya caigan sobre tu conciencia.

La joven se dirigió, decidida, a la puerta. Alem, impetuoso, exclamó:

—No. Yo te ayudaré... No puedo permitir que mueras...

IX



INUDIN Beldiman asentía gozoso a las instrucciones que estaba recibiendo telefónicamente:

—Sí... Si... De acuerdo. Aguardaremos.

Cuando colgó, su expresión era gozosa, confiada. Volvía a tener fe en el porvenir. Explicó a Terry Jardley y al individuo que actuaba de portero:

—Es el jefe. Nos recomienda calma, y que esperemos aquí sus órdenes. No se olvida de nosotros.

—¿Y del prisionero?

—No ha dicho nada. La próxima vez le expondré mi plan. Ahora todo se reduce a esperar.

Penetraron en un lujoso salón, acomodándose en confortables butacones. En ese momento sonaron dos aldabonazos.

—Ve a abrir, Alexi.

El aludido, con típico aspecto de «gángster», se dirigió a la puerta, entreabriendo la mirilla. Un rostro conocido de mujer le hizo franquear, despreocupadamente, la entrada, y un hombre se le echó encima, golpeándole en la sien con una «German Luger».

—Vete, Sarah, y procura volver en el plazo marcado. Yo me ocuparé de los demás.

Ató al caído, amordazándole, y, con la pistola en la mano, tras de registrar varias habitaciones, llegó a la estancia donde Beldiman y Jardley fumaban cigarros habanos.

—¿Quién era, Alexi? —inquirió Dinudin, sin moverse.

—Yo. Es seguro que no me esperabais.

Los dos individuos volvieron la cabeza, sorprendidos. Alem Costin les apuntaba con la «Luger». Beldiman, incorporándose, preguntó:

—A ¿qué viene esto? ¿Cómo has averiguado nuestro refugio? —Después, cual si reparase entonces en el arma que les amenazaba, prosiguió—: Deja eso, muchacho. Precisamente mandé un hombre a tu casa. Te necesitamos.

—Lo sabía. Por eso he venido. ¿Y Nicolae Golesco?

El cerebro del germano trabajaba con la máxima rapidez:

—Vivo. No queremos hacerle mal, sino tenerle a buen seguro.

—Llevadme hasta él. Si le ha ocurrido algo os pesará. Os advierto que al menor gesto disparo sin compasión. Poned las manos sobre la nuca y guiadme.

Dinudin y Terry salieron del cuarto, dirigiéndose al sótano. No ignoraban que cualquier movimiento equivalía a la muerte. Beldiman habló:

—No seas chiquillo y depón una actitud, que no comprendo. Aún seguimos siendo los más fuertes.

No obtuvo respuesta. Extrañado, fue a volverse, pero el cañón de la «German» se hundió en sus espaldas.

—Sigue. Yo sé bien lo que me corresponde hacer.

Cuando entraron en la celda, los focos hallábanse encendidos, y Golesco, con los párpados cerrados y la cabeza sobre el pecho, gemía. Costin ordenó:

—Poneos atrás, que os vea. Sois un hatajo de canallas.

Sin perder de vista a los miembros del Abwher desató a su

amigo, hablándole cariñosamente:

—Soy yo, Nicolae. He venido a salvarte.

Conforme cortaba las cuerdas con el cuchillo reparó que éstas habían formado llagas en las muñecas. El rumano abrió los ojos, y al reconocer a su compañero, murmuró, con voz débil:

—Gracias. Tenía confianza en ti.

Costin apagó los reflectores y la estancia quedó iluminada únicamente por la bombilla fija en el techo. Nicolae, que miraba a la puerta, gritó:

—¡Cuidado!

Pero el aviso llegó tarde. Alem sintió un feroz mazazo en la nuca, y antes de desplomarse, oprimió por una vez el arma, viendo, entre tinieblas, cómo Terry Jardley se desplomaba con un balazo en el pecho. Después, le invadió el reino de las sombras.

—Llegué a tiempo —anunció Prerau desde la puerta—. Hemos de marcharnos. Nada autoriza a creer que la Policía no esté informada.

Golesco quiso ponerse en pie, para atacar al miserable, y no pudo hacerlo, porque las piernas se negaron a sostenerle. Desde el suelo oyó que Dinudin replicaba:

—Hay que aguardar. A poco de marcharte, el jefe nos ordenó le esperáramos aquí.

—Quédate tú solo. Yo me voy —afirmó Prerau.

Como por arte de magia apareció un revólver en la mano derecha de Beldiman.

—Tú te quedas también. Aquí mando yo.

—¡Idiota! Estamos perdiendo un tiempo precioso. Huyamos.

—No.

Hubo una pausa, cargada de amenazas. Prerau habló:

—Te lo manda Kurt Strousberg.

—¡No es posible! —exclamó, asombrado, Dinudin—. La voz no es la misma. Además, intervenías como uno más en asuntos de poca importancia.

—Era para despistaros a todos. Te voy a dar una prueba —sacó de su bolsillo un pequeñísimo aparato de metal, de forma plana e, introduciéndoselo en la boca, dijo—: Obedézcame, Beldiman, o cuando lleguemos a Alemania, tendré que fusilarle por rebeldía.

Abrumado, Dinudin se cuadró militarmente. Había reconocido a

su superior.

—Perdone —comenzó—. Yo...

—Cumplió con su deber. Mate a ese hombre. No puede vivir un segundo más. Es el mayor peligro. Él fue quien ordenó controlar los teléfonos. Pude convencerme de ello cuando le di la cita por mediación de Sarah, avisándole luego por escrito para que no acudiese. No me equivoqué al verle por vez primera en el campo de concentración de Hildburghaus. Luego, en Marsella, me convencí de que era un elemento de valía. Lástima que su estúpido fanatismo lo estropease todo. Cuando estallara la guerra pensaba que fuese el jefe de los servicios de los Estados Unidos. Nadie sospecharía de una víctima de la Gestapo, de un miembro de la resistencia rumana. En fin, terminemos. Acaba con el otro, también. Es peligroso y ya no nos sirve de nada.

Fríamente, Dinudin, apuntando a la cabeza de Alem Costin, disparó. Del cráneo del muchacho salió un torrente de sangre. Impasible, Beldiman corrió la mano hasta encañonar a Nicolae, que le miró con desprecio, sin intimidarse.

Sonó un nuevo disparo, y ante el asombro de Strousberg, Beldiman cayó de espaldas. Kurt se volvió rápido, quitándose de la trayectoria de tiro. Vió a Sarah Gray, con un revólver en la mano, y se arrojó contra ella, derribándola. Convencido de que un segundo equivalía a su captura, corrió escaleras arriba, hasta alcanzar el exterior. Nadie le perseguía. La muchacha, sollozando, se inclinó sobre Golesco, besándole en los labios. El correspondió a la caricia, y por encima de la tragedia, surgió el amor.

—Me apenaba morir sin saber que me querías. Ayúdame a ponerme en pie.

Con grandes esfuerzos se incorporó, sentándose en la misma silla en que estuvo prisionero. Entonces, Sarah vió el cadáver de Alem.

—¡Pobre! A él debes la vida. No quiso que actuáramos juntos. Pareció adivinar lo que iba a sucederle. Me dijo que entrara quince minutos después, que dejaría la puerta entornada. Temió que le sorprendieran.

—¿Por qué no avisaste a la Policía?

—No quiso. Deseaba demostrar su lealtad al

F. B. I.,

cambiando su vida por la tuya.

—Ve al teléfono —ordenó Nicolae— y avisa al inspector Pyne. En esta agenda verás el número. Llévate el revólver y dame el de Dinudin. No vaciles en defenderte. Mientras tanto, intentaré que la sangre circule de nuevo por mis piernas. Un beso, querida. La existencia tiene un enorme valor para mí. Cuéntale lo sucedido. Que envíen hombres y que vigilen carreteras y aeropuertos. Que una patrulla de aviones cerque la ciudad. No podemos dejarle escapar.

Solo, se friccionó las extremidades, soportando con entereza los dolores que le producía el más mínimo movimiento. Miró a Beldiman y no pudo reprimir un estremecimiento. De haberse retrasado Sarah un segundo, ya no viviría. El cadáver de Alem, con la cabeza destrozada por el proyectil, hizo que sus ojos se llenaran de agua. ¡Pobre amigo! Se redimió con muerte.

La muchacha se le reunió, y con su ayuda pudo andar.

Diez minutos después, las sirenas atronaban la calle Cincuenta. John Edgar Hoover fue el primero en entrar en el edificio. Nicolae Golesco, que, junto con Sarah, aguardaba en el «hall», se inclinó, respetuoso.

—¿Qué ha sucedido, muchacho?

Penetraron Mac Pyne y varios agentes, iniciando el registro. Golesco refirió detalladamente lo ocurrido y de qué forma pudo averiguar la identidad de Kurt Strousberg, terminando:

—El agente Costin murió en el intento de capturar a los miembros de la banda, retrasando mi ejecución. Se comportó como un héroe.

Pyne intervino:

—Sospechábamos de él desde el asalto a la oficina de Correos. La investigación de San Francisco demostró que todo fue un pretexto para confiarnos y eliminar dos miembros peligrosos de la banda. Los informes sobre las personas a quienes iba dirigida la correspondencia, no podían ser más tranquilizadores. Por eso encargué a George Krosac que le metiera en el bolsillo el pañuelo de Michael Carstairs. Se lo entregó, desorientándonos. No obstante, es posible que avisara a Dinudin y que su noticia llegase antes que usted al lugar de la cita. Tal vez por eso se lo sustrajeron con el informe. ¡Ah! El senador fue muerto en la casa de esta señorita. En sus ropas había minúsculos fragmentos de hilo, y nuestro laboratorio ha comprobado que pertenecen a una alfombra

arrinconada en una de las habitaciones. Tendrá que explicar todo eso, Sarah.

—No pretendo discutir una orden, inspector —habló Nicolae—; pero sin ella yo estaría muerto y desconoceríamos la identidad de Strousberg. Se anticiparon un poco en dar la orden de ataque. Perdón —se apresuró a decir a Hoover, que le miraba, sonriendo—. Me olvidé de que me oía.

—Pasado mañana lo comprenderá todo. No puedo darle más explicaciones. Mis agentes están deteniendo ahora a cuántos elementos sospechosos alemanes conocíamos. La medida ha sido general. Le felicito por su trabajo. Ese hombre no escapará. Si lo hiciera, presentaría mi dimisión. Para su tranquilidad, señorita, le diré que los funcionarios del Departamento de Defensa que acusaron a su padre de asesinato, jurando haber visto cómo lo cometía, han declarado que mintieron por orden del auténtico criminal, Dinudin Beldiman.

—Gracias, señor. Ya me importa poco lo que hagan conmigo. La venganza está cumplida...



**Toda persona culta no se deshace de los libros;
forma una biblioteca con los mejores**

Entre ellos deben figurar los de
EDITORIAL ROLLAN

X



ON los datos facilitados por Nicolae Gulesco, y bajo su dirección, un dibujante fue reconstruyendo la fisonomía de Kurt Strousberg. Tras dos largas horas de trabajo, el agente del F. B. I., se dio por satisfecho.

—Creo que podrán reconocerlos nuestros hombres en la forma que ha quedado.

Minutos después se transmitía por telefoto a todos los aeródromos y puestos de Policía, sin olvidar los coches de la Patrulla Móvil, en los que meses antes se instaló una pequeña pantalla, que, con el teléfono, hacíales más terribles y eficaces. Todas las carreteras del Estado de Nueva York habían sido tomadas, y tres grupos, de cinco aparatos de caza cada uno, vigilaban el espacio. La gran máquina policíaca funcionaba con extraordinaria precisión.

Ante el temor de que lograra salir de la ciudad se enviaron,

órdenes telegráficas al Estado de Nueva Jersey y a todos los puertos de la costa atlántica. Los mejores sabuesos del

B. F. I.,

vigilaban restaurantes y «*cabarets*».

Nicolae, desde el cuartel general, recibía constantemente noticias, y Mac Pine, sobre un gran plano, iba marcando con pequeñas banderas encarnadas los puntos donde se hallaban cortadas las carreteras. De vez en vez daba una orden, que Golesco repetía telefónicamente:

—La patrulla cinco que vaya al puente de Brooklyn. Ni un solo coche debe pasar sin ser vigilado. Comuniqué a los servicios costeros que destaquen motoras de vigilancia...

Pero llegó la noche y, pese a todas las precauciones tomadas, Kurt Strousberg continuaba en libertad. John Edgard Hoover tranquilizó al inspector:

—Estará escondido en cualquier parte. Hay que esperar la noticia, que sale mañana en los periódicos. Ella le moverá a actuar.

—¿Puedo saber en qué consiste esa noticia, a que alude en mi presencia por segunda vez, señor?

—La declaración de guerra. Túrnese, para descansar, con el inspector. Los momentos son difíciles y no quiero confiar en nadie más que en ustedes. Si hay algo importante, telefonéenme al Waldorf Astoria y pregunten por John Edgar Smith. Les pondrán conmigo. Buena suerte.

Mientras tamo, el enigmático jefe del Abwher tomaba un doble de «*whisky*» en una sórdida taberna de negros del llamado Harlem hispano. Se había puesto unas gafas de cristales ahumados y llevaba muy levantadas las solapas del impermeable. ¿Dónde refugiarse? Durante muchas horas le obsesionó la misma pregunta, sin conseguir resolverla. De continuar en el establecimiento acabarían cazándole.

Repasó los últimos sucesos, maldiciendo la idea de atraer rumanos a la organización. Ellos no eran, como los judíos, gente que se limitaba a librarse de su tutela, sino que combatían contra los invasores de su patria.

¿Por qué fue traidora Sarah Gray? Concibió una idea audaz. En su bolsillo del chaleco conservaba la llave del piso. Aquél era sin

duda, el mejor escondite. Nadie sospecharía tanto atrevimiento.

Pagó la consumición y en el ferrocarril subterráneo se trasladó a Brooklyn. Salió de la estación del «subway» confundido entre un grupo de gente, y tomó el «elevado» hasta la avenida Myrtle, por la que descendió. ¿Tendrían establecida vigilancia en la casa? Protegido por las sombras, penetró en el ancho portalón, siempre abierto, y ascendió decidido hasta el primer piso, introduciendo la llave al tiempo que esgrimía un revólver.

No esperaba hallar a nadie, y por eso le sorprendió una voz femenina:

—¿Eres tú, Nicolae?

No contestó, alcanzando la habitación donde se celebraban las reuniones. Fue entonces cuando repuso, burlón:

—No, querida. ¿Me esperabas?

Ella palideció intensamente, teniendo que apoyarse en el respaldo de un sillón para no caer.

—¡Usted!

—Sí, y no vengo a matarte, sino a conversar un rato contigo. No necesitas decirme que lo harías mejor con Golesco, pero las circunstancias mandan. Tienes el «Nash» en el garaje, ¿verdad? Es inútil que me mientas. Sólo siéndome sincera lograrás escapar con vida. Tu muerte no me reporta ningún beneficio.

—Sí —replicó la muchacha, amedrentada por el gesto feroz del recién llegado.

—Bien; luego hablaremos de eso. Ahora quiero comer. Yo iré contigo a la cocina por fiambres, aunque primero me acompañarás a que corramos los cerros. No deseo verme sorprendido.

El miserable satisfizo el apetito. Después comenzó:

—Mi plan es el siguiente: tú guiarás el automóvil con perfecta naturalidad y yo iré escondido junto a ti. Si te detiene la Policía, bromearás, invitándola a la finca de una tía tuya en Bridgeport. Creo que tu belleza y tu sonrisa les convencerá a dejarte en paz. Me interesa, alejarme de Nueva York. ¿Comprendido? Quiero salir del país. Me precederás en la muerte si me vuelve a traicionar.

—No me dejarán salir. Han descubierto que aquí se asesinó al senador y me llamarán para interrogarme —arguyó la joven, en su deseo de ganar tiempo.

—Lo intentaremos. Son las cuatro de la madrugada. Nos

conviene actuar rápidamente. ¿Vamos?

Salieron al patio, convertido en garaje mediante una techumbre de cristales, Strousberg se metió debajo del asiento delantero, de forma que la cabeza y el brazo derecho sobresaliesen levemente.

—Un poco incómoda es la postura —bromeó—, pero siempre se está mejor aquí que en la «silla». ¿Conoces el camino?

—Sí.

Descendieron por la avenida hasta el puente Williamsburg. Dos motoristas miraron a la muchacha, sin acercarse demasiado. Sarah respiró. Sorprendidos, sería la primera en morir.

Lamentando haber desdeñado la invitación del inspector Pyne para que se trasladara a su casa, prosiguió la marcha, enfilando la Quinta Avenida, al final de la cual dieron el alto al coche. Un hombre de paisano se acercó:

—¿Dónde va, monada?

—A casa de mí tía, a Bridgeport. Por cierto, que voy a aburrirme en el camino. ¿Quiere acompañarme? Viajaré más protegida. No veo otra cosa que «sabuesos» por todas partes.

Las joviales palabras de la muchacha, y el mohín encantador de su rostro disiparon las sospechas del agente, que repuso:

—Con gusto aceptaría la invitación. Otra vez será, preciosa.

Se apartó, dejándola paso. Ella, oprimiendo el acelerador, corrió por la carretera que, bordeando la costa, lleva a Bridgeport. Oyó que Strousberg la decía:

—Si te sigues portando así no te pesará.

Sarah no contestó, apretando los dientes con fuerza. Y entonces se decidió a poner en práctica su arriesgado intento.

Lentamente fue pisando más y más el acelerador, pasando como un bólido ante un motorista. Minutos después se oía una sirena. Disminuyó la velocidad. Kurt, sacando más el brazo, la amenazó:

—¡Cuida bien lo que dices!

El policía alcanzó el vehículo y, cruzándosele delante, le ordenó detenerse. Sarah obedeció.

—Diez dólares de multa por exceso de velocidad. ¿Me da la licencia?

—Tenga, aunque creo que se equivoca. Iba despacio.

El motorista tomó nota de la matrícula y del nombre de la joven, la cual tamborileó por fuera de la ventanilla tres letras en Morse:

F. B. I.

El agente levantó los ojos, extrañado, y ella, sonriéndole, bromeó:

—¿No ha visto nunca una cara bonita?

—Sí... Es que... Nada. Puede seguir.

El «Nash» reanudó la marcha. Sarah se justificó:

—Puedo jurarle que aún amo la vida y no lo hice intencionadamente. Deseo verme libre de usted, y de modo instintivo, pisé a fondo el acelerador.

Mientras tanto, en la carretera, el policía se rascaba la cabeza:

—Parecía Morse. Repitió por dos veces los mismos signos. Creo que lo mejor será que telefonee al

F. B. I.

Se dirigió a un poste, abriendo una caja metálica con una pequeña llavecita. Marcó varios números...

Al otro lado del hilo, Nicolae dio un salto en el asiento.

—Sí. No haga nada. Gracias —luego, Golesco, volviéndose a Mac Pyne, que le miraba con asombro, explicó—: Me comunican desde la carretera que conduce a Bridgeport que han impuesto una multa a un automóvil conducido por Sarah Grey. El agente le pareció que le transmitía tres letras en Morse, golpeando la carrocería. Eran «F. B. I.».

No cabe duda de que va allí obligada por alguien. ¿Me autoriza a trasladarme a Bridgeport?

—Le acompaño. George Krosac nos sustituirá a los dos. Fuimos necios al no poner vigilancia a la muchacha.

Minutos después, un potente «Studebaker» volaba por la carretera. Pyne hubo de decir por dos veces a Nicolae:

—Estrellándonos no conseguiremos nada. Tome las curvas con más precaución.

El bravo agente, crispando los nervios en el volante, contestó:

—Como mande, inspector.

Pero pisó aún más el acelerador. Al pasar ante los puestos de vigilancia hacía sonar la sirena para no ser detenidos...

A primeras horas de la mañana, el «Nash» llegó a la población costera, deteniéndose en los arrabales próximos al puerto. Sarah Grey inquirió:

—Y ahora, ¿qué?

—Poca cosa. Te quedarás en el coche. Voy a realizar la segunda parte de mi plan. Por fortuna hay poca gente.

En efecto. Hallábanse en el límite del muelle y casi en pleno descampado. Algunos hombres pasaban ante el vehículo sin prestar apenas atención. Strousberg llamó a uno, que vestía atuendo de descargador:

—Oiga: ¿conoce al capitán Snowdon?

El interpelado, rascándose la cabeza, se arrimó al automóvil, contestando:

—¿Snowdon? No... Me parece que no.

Kurt dirigió una mirada en torno suyo. No había nadie en los alrededores. Abrió la portezuela y, apuntando con la pistola el pecho del sorprendido individuo, le ordenó:

—Suba. Si se resiste le mataré.

El hombre, con los ojos muy abiertos por el pánico, obedeció en silencio, mientras refunfuñaba:

—Le aseguro que yo...

Pero Strousberg interrumpió sus palabras, propinándole un fuerte golpe en la nuca con la culata.

—¿Qué daño le ha hecho ese hombre? —reprochó Sarah, más pálida aún.

—No te importa. Necesito su ropa. No mires por el espejo retrovisor, si no quieres verme en paños menores, aunque te aseguro que poseo un cuerpo proporcionado...

Las palabras irónicas del miserable aterrorizaron a la muchacha. ¿Qué haría con ella cuando la considerase un estorbo?

Kurt se había puesto el grueso pantalón negro, cubierto de manchas; la camisa de franela a rayas encarnadas y azules y los zapatos anchos y cómodos. Estaba totalmente transfigurado.

Cogió de la muñeca al infortunado que le proporcionó tan magnífico disfraz, comprobando que el pulso no latía. El culatazo que le propinó en el cráneo fue mortal.

—Mejor... Un testigo menos.

Sarah comprendió entonces qué su fin estaba llegando. No podía llevar en el vehículo a aquel descargador sin que la gente reparase en ello. Temió ser asesinado allí mismo. Las palabras de Kurt la tranquilizaron por el momento:

—Camina a dos metros delante de mí y de cuando en cuando,

vuélvete a darme órdenes. Es frecuente el hecho de que una señorita contrate los servicios de un mozo. Te voy apuntando desde el bolsillo del pantalón, y no olvides que o me salvo a te mato. Me da lo mismo todo.

En el centro de Bridgeport observó corros de gente comentando algo en las aceras. Más allá, tres vendedores de periódicos, rodeados totalmente de un público que se esforzaban en adquirir un ejemplar. Extrañado, preguntó a una señora:

—¿Sabe qué es lo que sucede? Acabo de salir de casa.

—Algo terrible y hermoso a la vez. ¡Hemos entrado en la guerra! Vamos a acabar de una vez con los nazis.

El semblante de Kurt se contrajo. Ahora resultaba más difícil la huida, y más peligrosa su permanencia allí. Se volvió a Sarah, diciéndola en alta voz:

—Cuando guste, señorita. Dispongo de poco tiempo para el encargo.

Caminaron, ya casi juntos. Nadie parecía reparar en ellos. Todos estaban sugestionados por una palabra: «Guerra». Aunque esperada, produjo enorme sensación.

—Son inútiles sus intentos, Strousberg. ¿Por qué no se entrega? Siempre tuve buen concepto de los alemanes. Creí que usted sabría perder.

—No hable tan alto. Le basta un solo grito para que la muchedumbre se eche sobre mí, más antes su cuerpo sangrará en el asfalto. Siga al puerto, por esa calle.

De las tabernas próximas al muelle surgían hombres excitados por la noticia. Las radios, puestas a la máxima potencia, llenaban el espacio de música militar. Grupos de patriotas, enarbolando banderas, daban vivar a los Estados Unidos... Sarah sintió que sus ojos se nublaban de lágrimas. Por primera vez desde que su padre murió en la «silla», notó en su corazón la rosa encendida del amor al país que la vio nacer. Y allí, a su lado, estaba el hombre culpable de tantos y tantos crímenes. Resuelta a morir, volvió la cabeza a una manifestación, pero Strousberg la cogió del brazo, apretándoselo con brutalidad.

—Si gritas, te mato.

La amenaza surtió efecto, y la muchacha inclinó la cabeza con abatimiento. ¡Tenía una razón para desear vivir! ¡Nicolae!

Continuaron caminando hasta llegar al puerto. Dos buques de carga estaban anclados en la bahía.

—Pregunta a cualquiera el destino de esos barcos.

La muchacha obedeció, interrogando a un viejo sentado en la puerta de una taberna. La respondieron:

—El de la derecha hace el servicio a Nueva Orleáns. El otro llega a Puerto Rico. No toma pasajeros.

—Gracias. No deseo viajar por el momento.

Se alejaron. El muelle encontrábase desierto. Marineros y descargadores corrían por la ciudad en busca de noticias.

—Lo siento, Sarah. No puedo dejar que me traiciones. Tienes que desaparecer.

Kurt esgrimía la pistola. La muchacha retrocedió conforme el hombre avanzaba. Detrás de ella, el mar...

—No... no —gritó con terror.

—Será dulce tu muerte. Te golpearé en la cabeza, arrojándote al agua. No te darás cuenta siquiera. Si te mueves, dispararé. Nadie acudirá en tu auxilio. Todos vociferan aclamando su propia ruina. ¡No hay nación en el mundo capaz de vencer a la gran Alemania!

Sarah Gray pisaba ya la ancha cinta de cemento donde había varios salientes de hierro para amarrar las embarcaciones. Giró la mirada en derredor, sin descubrir a nadie. ¡Iba a morir cobardemente, sepultada en el Atlántico!

Se abalanzó sobre el miserable, empujándole. Kurt, que no esperaba tal reacción, vaciló unos segundos, recuperándose enseguida. Con una leve contracción en el rostro, disparó la «*browning*». El proyectil se hincó en la espalda de Sarah, la cual, en un supremo esfuerzo, continuó alejándose, deseosa de alcanzar la próxima calle. Strousberg apretó de nuevo el gatillo y no salió el tiro. Habíasele encasquillado el arma.

Fue a correr para rematar a culatazos a la muchacha, pero varios hombres aparecieron y, pensándolo mejor, se lanzó al agua antes de ser visto.

La joven avanzó unos metros más y luego sintió que la tierra la llamaba...

Unos marineros se inclinaron sobre ella.

—¡La han herido! —dijo uno—. Llevémosla a una clínica.

—Y es bonita. Busca un coche —ordenó otro—. Sangra

demasiado.

En ese instante oyeron la sirena de la Policía, y un «Studebaker» se detuvo, con un chirrido imponente de frenos.

—¿Qué ocurre? —inquirió un hombre Joven, saltando del vehículo.

—La hemos encontrado así, señor. Nosotros no hemos visto nada.

Pero ya Golesco, inclinado sobre el cuerpo de su novia, no les oía:

—¡Sarah!... ¡Sarah!... —dijo, con desesperación, besando los pálidos labios de la Joven, creyéndola muerta. Entonces reparó por vez primera que aún vivía.

—Calma, Nicolae. Lavémosla. No se han perdido las esperanzas.

Ya en la sala de operaciones del hospital de la ciudad, la muchacha abrió los ojos, que se iluminaron de alegría al reconocer a Golesco:

—Querido... —murmuró trabajosamente—. Kurt está en un... barco... Nueva Or... leáns... Puerto Rico...

Volvió a desmayarse. El facultativo y los dos ayudantes, rogaron:

—Será mejor que salgan. Trabajaremos con mayor libertad. La herida es gravísima.

Los dos hombres llegaron a un pequeño vestíbulo. El inspector marcó un número en el teléfono.

—¿Jefatura de Policía? Aquí Mac Pyne, del
F. B. I.

Acordonen inmediatamente el puerto movilizándolo a toda la Policía. Allí me encontrará. No usen las sirenas —colgó el teléfono, diciendo a Nicolae—. Yo me marcho. Usted quédese junto a ella. Tal vez le necesite.

—No, señor. En Quantico aprendí a posponer los propios sentimientos al interés de la patria. Desearía cumplir con mi deber.

—Bravo, muchacho. La acción es preferible a la espera angustiada, cara a la muerte. Se salvará.

El inspector apretó fuertemente la mano de su subordinado, infundiéndole ánimos, y segundos después volaban en dirección al puerto.

Kurt Strousberg, mientras nadaba, oyó la sirena de la Policía y

avanzó más y más, deseoso de alcanzar el navío. Nadie le vió arrojar al agua y no sospechaba la ingeniosa treta de Sarah que proporcionó al

F. B. I.,

de Nueva York una magnífica pista.

Buceó, avanzando entre dos aguas. Únicamente sacaba la cabeza unos segundos para respirar.

Desechó la inquietud que le dominaba. El nunca falló el tiro. Con la muchacha no podía hacer una excepción.

Maldijo interiormente el pésimo funcionamiento de la mayoría de las armas automáticas. Por algo siempre prefirió el revólver, y a la falta de él, la «German Luger». No era tiempo de recriminarse. La «*browning*» estaba inservible. Cuando llegase al buque la desarmaría, secándola. Por fortuna llevaba dos cargadores de repuesto en el cinturón dentro de fundas impermeables de materia plástica. Lo que adoptó para mayor comodidad suya iba a servirle para defender su existencia.

Tranquilizado a este respecto, reanudó el avance, mirando varias veces en dirección a tierra. No vió a nadie y su tranquilidad fue en aumento.

Llegó al costado del navío y trepó ágilmente por la escala de cuerda que pendía de estribor. Un marinero, que preparaba un calabrote, le miró sorprendido.

—¿Quién es usted?

Strousberg se acercó a él, sonriendo:

—Un pobre descargador de muelle que desea hablar con el capitán. Quiero trasla...

El brazo derecho, armado con la pistola, golpeó la mandíbula del que le miraba con una sombra de desconfianza en los ojos, derribándole. Segundos después el agua se abrió voraz para recibir una víctima.

Anduvo con todo género de precauciones. Tal vez, ultimada, la carga, la mayor parte de la tripulación estuviese en tierra, gozando un bien ganado descanso.

Descendió por unas escaleras de hierro encontrándose en un pasillo. Abrió una puerta contemplando varias hamacas. Sin duda, era el dormitorio de los marineros.

Anduvo con el máximo de precauciones. Oyó pasos y

transponiendo otra puerta se encontró en un despacho confortable, en una de cuyas paredes colgaba una brújula. Debía ser el cuarto de trabajo del capitán.

Escuchó ansiosamente, estremeciéndose. La tensión nerviosa y la ropa empapada, destruyeron su entereza. Respiró tranquilo al sentir que el ruido se alejaba.

«El miedo es indigno de mí —se dijo en voz alta—. Lo más difícil está conseguido».

Al final del corredor vió una nueva escalera. Deseaba llegar a la bodega y no vaciló en bajar por ella, alcanzando, al fin, una ancha nave repleta de grandes paquetes, y que atravesó por un estrecho camino que conducía a una escala perpendicular, que le llevó después de cruzar tres departamentos, a la misma quilla del buque, repleta de fardos. Se escondió detrás de ellos bendiciendo a su linterna, que no se estropeó al contacto del agua y que le permitía moverse rápidamente.

Se trazó un plan a seguir. Si era descubierto en el trayecto le entregarían a las autoridades marítimas del primer puerto en el que hicieran escala.

Levantó la tapa de unos cajones, comprobando que portaban toda clase de conservas. Confiaba, en una inspección detenida, hallar también licores.

Con el oído alerta, apoyó la linterna en una de las tapas de madera, y, ayudándose de una navaja, procedió a desmontar la pistola, examinando una a una las piezas. Comenzaba a sentirse seguro. Cuando la «*browning*» estuvo en disposición de disparar, colocó uno de los cargadores metiendo una bala en la recámara y luego abrió una lata de leche pasteurizada que, sin duda, el Gobierno de los Estados Unidos enviaba a Puerto Rico para los niños. ¡Tenía resuelto el problema de la sed!...

Sin embargo, Kurt Strousberg no hubiera estado tan tranquilo, al ver los numerosos coches de Policías que entraban en el puerto armados de ametralladoras ligeras, bombas y caretas de gases lacrimógenos; La caza del hombre por el hombre iba a comenzar.

Mac Pyne y Nicolae Golesco daban órdenes a los oficiales de Bridgeport, sobre la actuación de las patrullas.

—Me inclino a creer —dijo el rumano— que le encontraremos

en el que se dirige a Puerto Rico.

Se movilizaron motoras y lanchas de pescadores y un verdadero ejército de más de cincuenta hombres se acercó a los barcos. Antes de alcanzarlos, desde cubierta, oficiales y marineros contemplaban asombrados la escena.

Veinte policías, al mando de Pyne y Golesco, ascendieron a un navío mientras los restantes se dirigían al otro, dejando un agente en cada embarcación.

—¿A qué viene esto, señores? —protestó el capitán del buque mercante.

—

F. B. I.

—replicó Mac Pyne, mostrando su identidad—. Creemos que se oculta aquí un malhechor, reclamado por sus crímenes.

—¿Sospechan acaso de mí?

—No. Es seguro que se introdujo hace unas horas, burlando la vigilancia. Se trata de un caso de espionaje.

—Estoy a su disposición. Pueden contar con mi lealtad y mi persona —se ofreció el marino.

—Entonces ponga una guardia en cubierta para impedir que nadie salga. Que un hombre nos conduzca a las bodegas y a la sala de máquinas.

—Iré yo mismo con ustedes. Pearson —llamó en alta voz el capitán. Un oficial se acercó, saludándole respetuosamente—. Disponga la vigilancia oportuna. Al parecer llevamos con nosotros una mercancía con la que no contábamos: un reclamado de la Justicia. Cuide de que no pueda huir.

—A la orden.

Nicolae y Pyne, seguido de sus hombres, descendieron por una de las escaleras. El inspector, avisó:

—Mucho cuidado. Tirará a matar.

Los reflectores iluminaban las bodegas como si fuese de día. Los agentes del

F. B. I.,

distribuidos por las distintas naves, removieron fardos, escudriñando hasta los más escondidos rincones.

Nicolae, ansioso de capturar al miserable, vengando así la muerte de Alem Costin y la posible de Sarah, separóse del núcleo

perseguidor, descendiendo hasta los últimos compartimientos. Hizo uso de su linterna eléctrica, separándola del cuerpo para desorientar a su enemigo.

Pasó entre montones de cajas y sus oídos habituados al peligro, percibieron el leve roce de un cuerpo al arrastrarse. Puso el foco de luz sobre una altura y luego, escondiéndose, gritó:

—¡Ríndete, Kurt! Estás perdido.

Sonó un disparo y el cristal de la linterna saltó en pedazos quedando la bodega a oscuras.

El rumano, bendiciendo la precaución tomada, hizo fuego guiándose por el fogonazo. El duelo entre tinieblas era Impresionante.

Hubo un largo silencio. Desde lo alto de la escalera, Mac Pyne, gritó:

—¿Le encontraste?

Antes de responder tuvo Nicolae buen cuidado de protegerse.

—Sí —gritó—. Enfoquen reflectores. Mucha precaución.

Dos balas se estrellaron contra el parapeto tras el que se escondía. La réplica de Golesco no se hizo esperar, oyéndose un grito de dolor:

—Entrégate.

—Venid a cogedme. Nadie podrá decir que Strousberg murió como un cobarde.

Nicolae, inmóvil, dejó transcurrir los segundos, en espera de que sus compañeros iluminaran la bodega. En previsión de que el germano fuese más rápido en divisarle, se arrastró unos metros parándose. Sus manos habíanse humedecido de un líquido viscoso. ¡Sangre! Tal vez estaba frente a su mortal enemigo.

Escuchó. Muy cerca se oía una respiración entrecortada, como un gemido. Sin duda, hirió a Kurt en alguna víscera importante. Guardó la pistola, disponiéndose a actuar. Necesitaba capturarlo vivo.

La luz se hizo de pronto. Nicolae saltó sobre Strousberg, que apuntaba desde el suelo al reflector, impidiéndole disparar. Sus brazos se movieron veloces golpeando el rostro del germano, que apenas si opuso resistencia.

Al descender Mac Pyne y examinar el cuerpo Insensible del jefe del «Abwher», comentó:

—No se explica cómo con ese balazo en el pecho pudo vivir unos minutos...

El miserable había muerto...

EPÍLOGO

Con la gigantesca redada del

F. B. I.,

quedó el país limpio de elementos extranjeros, evitándose así los sabotajes contra la producción de guerra.

Mediante hábiles interrogatorios a los numerosos detenidos se conoció el sistema de transmisión de mensajes, mediante libros científicos, en cuyas páginas, en determinadas líneas, iban palabras que, enlazadas entre sí, constituían el texto de las órdenes. Los planos eran habilidosamente camuflados entre los gráficos de maquinaria e iban señalados con una línea impresa con tinta menos fuerte.

Nueva York, pese al conflicto bélico que enlutaba los hogares, mostraba un aspecto magnífico en la tarde de sol. Tres hombres caminaban por la avenida del Parque, fumando unos cigarrillos.

—Sabrá, inspector, que Sarah está fuera de peligro. Dentro de unos días la autorizarán a levantarse.

—Enhorabuena. Supongo que pronto tendremos boda.

—Tal vez sí, inspector. Por cierto que han variado algo las cosas. El padrinzgo...

Mac Pyne le interrumpió:

—Corresponde a tu padre. Tendré la satisfacción de servirte de testigo.

Lascar Golesco, en cuyo semblante arrugado se reflejaban las penalidades del cautiverio, quiso declinar el honor:

—No, hijo. Debes mucho al

F. B. I.,

para que no sea uno de sus hombres el que te lleve al altar. Lo lamentable es que muriera Elena Costin.

Hubiese hecho una madrina encantadora.

—Casi ha sido mejor —respondió Nicolae—. Se habrá reunido

con su hermano en el más allá. Dios siempre hace bien las cosas.

Hubo un breve silencio, en recuerdo de los que perecieron en la desesperada lucha contra el espionaje alemán. Muy cerca de ellos cruzó un coche arrojando octavillas pidiendo el ingreso de voluntarios en la heroica Infantería de Marina. Golesco, comentó:

—Espero que John Edgar Hoover me autorice a marchar al frente.

—Creo que no. Usted hace falta, en los Estados Unidos. Formará parte de una guerra sorda, sin cuartel: el contraespionaje. De este modo, no se separará de los suyos...

Continuaron caminando hasta las proximidades del sanatorio de la Policía, en cuya puerta Lascar Golesco y Mac Pyne se detuvieron. El primero, dijo sonriendo:

—Será mejor que entres solo. A los enamorados les estorba todo el mundo...

FIN



¡VICIO EN CHICAGO!
¡CORRUPCION POLITICA!
¡CRIMENES SIN CASTIGO!

SIN CUARTEL

Esta es la orden que recibe el más famoso inspector del F. B. I. Consigna terrible, que encarna la violencia llevada a su más alto grado. Hablan las automáticas y los revólveres de reglamento. El desconocido jefe mueve desde las tinieblas del misterio los hilos de los **complots**. ¡Nadie sabe quién es!...

ANTHONY G. MUR

Autor que tan buen recuerdo nos
mas producciones: NUEVA YORK
y HERMANO CONTRA HERMAN
vo con una obra que

SIN CUARTEL

Caen los agentes especiales del F. B. I., mueren los «gangsters» en las calles de la inmoral ciudad, los ciudadanos se estremecen de terror. La Ley y el Orden son desconocidos porque...

SIN CUARTEL

PROXIMO NUMERO DE LA
Colección F. B. I.

NOTAS

[1] Servicio Secreto alemán. < <

[2] Oficina Central de Seguridad del Reich. < <

[3] Cámara de Compensaciones. (N. del E.). < <

[4] «Office of Strategical Service» (Servicio Secreto norteamericano).
(N. del E.). < <

[5] Oficina de Correos. < <

[6] El opio no puede fumarse en bruto, sino mezclado al tabaco o al cáñamo, y después de una especial preparación. La dosis de una sola pipa suele ser de 0,25 gramos. Hay opiómanos que fuman hasta sesenta pipas diarias. < <

[7] Guillermo Canaris fué jefe del Servicio Secreto alemán desde el 1 de enero de 1935 hasta el 20 de julio de 1944, en que fué ejecutado por formar parte del complot contra Hitler. < <

[8] Ferrocarril eléctrico subterráneo. (N. del E.). < <